

**Audiolibro Invasi N M Van Der
Meersch 3 Parte Cap Tulos I li lii**

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Audrey Miles (*Lawrence Township*)** - - - - TERCERA PARTE. CAPÍTULO Primero. 1.

La cárcel de Rheinbach estaba construida en forma de estrella, siguiendo el plano habitual. Cuatro pisos de celdas superpuestas eran como los radios de un eje central de donde partían las galerías. Desde allí, un solo guardián vigilaba toda la cárcel. Daniel Decraemer ocupaba la celda 38, sector D, cuarto piso, en el fondo de la galería. Era la suya una posición privilegiada, muy cerca de la luz y muy lejos del guardián. La celda era pequeña, de techo alto, enlosada con baldosas azules, alumbrada por un ventanillo elevado y, en general, de aspecto bastante alegre. Una mesa, que durante toda la noche se desplegaba para formar una cama, un taburete encadenado al muro y un pequeño armario constituían todo el mobiliario, complementado por un retrete de porcelana situado en un rincón. Decraemer estaba allí desde finales de 1916. Después del incendio de la fábrica, había sido juzgado y condenado a cinco años de arresto, y se le condujo en ferrocarril hasta Aquisgrán, ciudad que había atravesado a pie bajo los abucheos de los alemanes, que le llamaban spion,. Estuvo luego algunos días en la cárcel y fue trasladado después a Rheinbach. Allí había sufrido la humillación de la ficha antropométrica, las fotografías, las tallas y las impresiones digitales. Posteriormente, se había visto despojado de sus ropas y de su nombre. Hacía ya catorce meses que estaba en Rheinbach. Este era un pueblo situado en un valle, entre laderas cubiertas de bosques. Pasaba por él una vía férrea. Cerca de la estación estaba situada la cárcel. La estancia en ella había dejado profunda huella en Decraemer. La cárcel le obsesionaba, ocupaba todos sus pensamientos, su vista, su oído y hasta su olfato. Todo le recordaba que estaba constantemente en cautividad. Incluso era imposible hallar en otra parte aquel olor fétido de hospital y hacinamiento que se respiraba en todas las galerías. Hacía cuatrocientos días que vivía con la pesadilla, con la obsesión de la soledad y del hambre. Pasaba las horas intentando apaciguar un horrible deseo de libertad, un frenesí de evasión y un anhelo de espacio, sufriendo la tortura de un organismo minado por el hambre. Con un pedazo de pan correoso, delgado casi como una libreta de bolsillo, un cucharón de rutabayas, especie de nabos grandes hervidos, tenía que pasar todo el día. Decraemer se comía el pan como postre y lo hacía durar mucho. A veces les daban, para variar, sardinas crudas, saladas, o bien hojas de rutabayas en vez de raíces. Con frecuencia, alrededor del mediodía, se esparcía por las galerías un horrible olor de acetileno, que levantaba clamores de protestas en todas las celdas. Aquel olor era el anuncio de la «sopa de carburo», una sopa pestilente, hedionda, de un color castaño que tenía un extraño sabor de acetileno. Decraemer, por mediación de Engaña-muerte, su guardián, se enteró de la receta. Los habitantes de las ciudades alemanas dividían sus basuras en dos partes: basuras minerales y basuras animales y vegetales, que se recogían por separado. Estas últimas eran desecadas y reducidas a polvo en hornos especiales. Después, diluidas en agua caliente, componían la sopa de los prisioneros. Pero la desecación provocaba complicadas reacciones químicas, que eran la causa de aquel extraordinario olor a acetileno. Semejante bodrio estropeaba irremisiblemente los intestinos. Una vez conocida la receta, Decraemer no volvió a probarla jamás y se contentó únicamente con su pan. A veces les daban también un caldo de hierbas, un líquido verdoso literalmente cubierto de una capa de insectos cocidos y ennegrecidos. Era necesario limpiarla antes de comerla, y el estómago se negaba a aceptarla. Aquellos días Decraemer no comía. Su mayor felicidad era recibir un paquete de Lille, lleno de galletas, chocolate y conservas, que le permitía confeccionarse una aceptable minuta. Pero, con frecuencia, los paquetes llegaban con un agujero grande como el puño por donde había desaparecido la mayor parte del contenido. Incluso a veces llegaban a estar totalmente vacíos y rellenos de virutas. El hambre atenazaba a Decraemer. Con semejante régimen, el estómago empequeñecía, el organismo se contraía y adoptaba una vida vegetativa propia, una existencia de avara economía de fuerzas. Instintivamente Decraemer permanecía acurrucado en un rincón de su celda, envuelto en su manta, encogido, en cucullas, aprovechando su propio aliento, almacenando su calor en la manta,

como un precioso fluido y con el espíritu extraviado en un horroroso vacío. Pero, en caso de que le sorprendieran de aquella manera, corría el riesgo de ser castigado. En cualquier momento podía un guardián echar una ojeada por la mirilla y conducir, luego, a Decraemer al calabozo de castigo. Pues estaba prohibido utilizar la manta durante el día. La mirilla, aquel espía vigilante, aquel ojo siempre fijo en los presos, constituía para Decraemer uno de sus mayores sufrimientos. Semejante vigilancia perpetua es un suplicio. El preso deja de sentirse hombre, no tiene gestos naturales, sabiéndose y sintiéndose vigilado continuamente. Inconscientemente, se vuelve prudente e hipócrita. Adopta la mentira, aun en contra de su voluntad, y se experimenta una clara impresión, de que disminuye la propia dignidad de hombre. La única tregua física de aquel constante sufrimiento era la hora del paseo, que se hacía en común, en un extenso patio de tierra, rodeado de un camino que lo dominaba. Los presos se precipitaban en él tumultuosamente, como una jauría de perros recién sueltos, locos, insensatos, entre gritos, gesticulaciones y exclamaciones que los guardianes no podían reprimir. Aquello era un extraño desfile de forzados, vestidos de gris, afeitados y pelados; personas civiles con boina, con chaquetas, con sombreros de paja, hombres con blusas grises, caquis o negras; sacerdotes sin sotana y obreros con blusas cortas. Avanzaban, aproximándose los unos a los otros insensiblemente, para cambiar dos palabras y darse ánimos. Un grito de los guardianes les hacía retroceder. —Abstanden! En medio del patio se cultivaban rutabayas. Los presos las contemplaban e intentaban acercarse a ellas. Con una furtiva patada, movían una en su masa de tierra. A la vuelta siguiente, la arrancaban. Y a la inmediata, con un gesto increíblemente rápido, se agachaban para apoderarse de ella. La escondían en su pecho, apretándola contra su carne, como si fuera un pedazo de ellos mismos. Allí, mezclados con los detenidos políticos, había condenados de derecho común, de caras embrutecidas, que reflejaban el crimen, y cuyas risas, voz y sola mirada horrorizaban. . . Había un sacristán que había degollado a su padre, un alguacil que había colgado a su bienhechor para heredarle, así como otros bandidos y ladrones. Vivían todos mezclados, codeándose continuamente los mejores con los peores y rebajados a un mismo nivel por los guardianes. Aquello hacía perder, poco a poco, a todos su dignidad de hombres. Engaña-muerte, un vigilante feroz, al que llamaban así porque lo habían recogido por muerto en el campo de batalla y que guardaba de su aventura una faz lívida y espantosa, acudía cien veces al día a espiar a Daniel por la mirilla. Por la tarde, a las cuatro, abría la celda y pedía las ropas al preso, dejándole en camisa, transido y tembloroso de frío hasta el día siguiente. Se dio el caso de una pelea entre un preso y un guardián, y entonces se suprimieron los tenedores y las cucharas para no dejar un arma a los detenidos. Decraemer se vio obligado a comerse los nabos con los dedos y a lamer el líquido como un perro. Con una vida semejante el hombre se degrada y termina por convertirse en un animal. Pero lo más penoso era la soledad. Lentamente, Decraemer sentía que su cerebro se licuaba. Al principio de estar en la cárcel, el preso dispone de toda una masa de recuerdos, de emociones que clasificar, de ideas que ordenar y una vida nueva a la que adaptarse. Todo eso lo hace con rapidez. Pronto hace aparición el aburrimiento. Intenta, entonces, vivir del pasado. Se recuerda a los seres queridos, las amistades, las lecturas y a todas las personas a las que se ha amado, odiado o conocido, Pero, después, se da cuenta de que todo aquello va desapareciendo lentamente en lontananza hasta perder interés y parece extraño. Ve enturbiarse, velarse completamente aquella masa de recuerdos hasta salirse de la propia existencia. Ya no se logra evocarla con claridad. No se tienen fotografías, cartas, papeles; nada material que guarde alguna relación con los recuerdos. Un día, el preso se da cuenta de que ya no recuerda el rostro de los suyos, de que su imagen se le aparece con dificultad, como velada. Y no dispone de nada con que remplazar aquellos recuerdos, que lentamente va nublando una espesa niebla. Se atemoriza, se desespera, se aferra a uno mismo, a aquel algo que creía tan firme y que de repente se percibe fugaz, oscilante, como un fantasma: el yo. En aquel vacío, hace un esfuerzo enorme, intenta penetrar en la conciencia, se hostiga a sí mismo para despertar su espíritu aletargado y moribundo. Y no encuentra más que el vacío. No encuentra nada y se pregunta con terror si el cerebro, el alma y la personalidad existen, pues en aquellos momentos no parecen más que producto de la imaginación de los sentidos. Cada día se experimentan las mismas emociones, iguales sensaciones. El espíritu se convierte en agua estancada, en un estanque medio seco, en el que la caída regular y sempiterna de una gota de agua, a largos intervalos, despierta un melancólico y breve chapoteo. Decraemer pensaba horrorizado que solo hacía un año que estaba allí y le parecía haber vivido una vida entera. El primer invierno, con sus noches de quince y dieciséis horas, apenas interrumpidas por un breve intervalo de luz, aquella eterna vida en la oscuridad, en la soledad, descalzo y en camisa, sin ropa y sin comida, le había parecido una eternidad. Pero, llegó el verano y con él la luz, los días largos y un rayo de sol confortador se filtraba durante un cuarto de hora a través de los barrotes, como un beso de vida para el preso. Pero el invierno se aproximaba de nuevo. Decraemer, encaramado en la mesa, contemplaba diariamente cómo el otoño maduraba en las laderas del valle, dorando el bosque sombrío. ¡Otro invierno más! Otra noche larga, de cerca de doscientos días de duración. Jamás la efímera belleza de las cosas le había parecido tan deseable y atractiva. En la lejanía veía un árbol, al otro lado de las tapias un árbol bello, solitario y

robusto, de un verde cobrizo y espléndido. Decraemer hubiera dado diez años de vida para poderse acostar debajo de aquel árbol, con las manos cruzadas bajo la nuca, respirando su fresco vigor y fijando en él su mirada. Un puntito blanco, minúsculo... y revoloteante, una mariposa mecida por el viento le llenaba el corazón de anhelo, de ansias de vida y de libertad. Y cuando, raramente, un pájaro acudía a posarse en el alféizar del ventano, se quedaba inmóvil y lo contemplaba con fervor, dirigiéndole interiormente una especie de invocación dramática, pensando en san Francisco de Asís, que amaba a los pájaros, y conteniendo sus deseos de llorar. No se reconocía a sí mismo. Hubiera podido decirse que su corazón se había ablandado hasta convertirse en el de un niño. El pensamiento más doloroso que acudía de vez en cuando a su mente, era el de los suyos: el de su hijo, de su mujer. ¿Volvería a verlos? ¿Qué sería de Jacques sin él? ¿Y de Adrienne? En su imaginación aparecía deseable, tentadora, como un bello fruto carnal. Se despertaban en él recuerdos ardientes que le quemaban. Evocaba su pasión, soportando, en aquel desierto del alma que era la cárcel, dolorosas alucinaciones de la carne. La echaba de menos, como se echa de menos un alimento, un sustento físico. El recuerdo de su espíritu le llamaba con todas sus fuerzas y el recuerdo de su carne también. Sufría un doble dolor, un doble desarraigo en su cuerpo y en su alma. En tales horas se abismaba sobre un trabajo, sobre cualquier tarea, sin importarle cuál fuera. Cepillaba el embaldosado, limpiaba maquinalmente debajo de su cama, lavaba su ropa blanca, un pañuelo o una camisa y volvía a repetirlo dos veces, tres veces, diez veces, abstraído en un estúpido quehacer inútil, para extenuarse, para ocuparse, para dar a aquel extraño animal que habitaba en su mente y que se llamaba pensamiento, un alimento, algo que devorar. De cualquier cosa hacía un pasatiempo. Contaba, uno a uno, estúpidamente, maquinalmente, los ladrillos del enlosado. Examinaba cuidadosamente las moscas, sorprendido de poder ver con los ojos cosas que hasta entonces no se le había ocurrido contemplar: el juego maravilloso de la trompa, y las nervaduras de las alas, los pelos del abdomen y de los tarsos, el trabajo inteligente y lógico de las patas, desencrespando las alas y cepillando la cabeza, cuando soltaba sobre la mesa al insecto aturdido. Inventaba juegos, intentando jugar de memoria partidas de damas, cálculos, multiplicaciones complicadas, imaginaba novelas, argumentos para piezas de teatro. Pero todo lo abandonaba en seguida, sin lograr siquiera unos minutos de distracción. Falto de una pluma, de un poco de papel o de un libro, volvía a caer en un abatimiento absurdo que le hacía perder todo el ánimo. Sabía que su mente no era más que una máquina para engullir la realidad, triturarla y almacenarla, devolviéndola, luego, convertida en recuerdos. Sin alimentos, sin impresiones exteriores, el cerebro se convertía en algo tan inútil como un molino sin grano. Y Decraemer tenía la impresión de ver, de sentir que su cerebro se enmohecía y se descomponía sin remedio. Tener ante los ojos siempre la misma celda, el mismo marco, acababa por producirle un dolor físico. El ojo necesita un cierto número de imágenes. Estas le faltaban, y él lo sabía bien. Su vista se debilitaba, y su espíritu, que sufría análoga carencia, se hacía cada vez más pusilánime. El único momento en que sentía la vida a su alrededor era al anochecer, después que el guardián hacía su última visita. Se sabía de memoria el horario. Los mil ruidos regulares del mundo, que seguía su marcha en torno suyo, hacían posible que conociera la huida del tiempo tan bien como un reloj. A aquella hora sacaba la cabeza penosamente por el ventano y hablaba con los otros. Tristes habladurías, chismes de cárcel, noticias absurdas sobre la guerra y comentarios sobre la próxima libertad, tales eran los temas de sus conversaciones. A su derecha, Decraemer tenía por vecino a Arthur, un corpulento gendarme belga que le tuteaba, le llamaba Daniel y se mostraba tan estúpidamente optimista como preocupado por su estómago y sus digestiones. A su izquierda, tenía a Valems, un abogado, un intelectual, que se mostraba tan desanimado como todos los intelectuales y los ricos que tenían que sufrir aquella prueba. Siempre estaba lleno de aprensiones, gimiendo por los suyos y por sí mismo. Sus conversaciones daban al traste con el poco valor que le quedaba a Decraemer. Más lejos, las palabras que se cruzaban de ventano a ventano no eran más que chismes de la cárcel y habladurías estúpidas. Todo aquello no hacía más que aumentar el disgusto y el pesimismo de Decraemer. Aquellas breves relaciones que podía mantener con sus semejantes hacían que considerase a la Humanidad como algo demasiado sucio, de lo que había que huir. Se resistía a aceptar a aquellos hombres tal como eran en realidad y trataba de idealizarlos en sus largas horas de meditación. No quería admitir que había consumado su sacrificio, resistido al enemigo y quemado su fábrica por una Humanidad semejante. Era necesario que hubiera otra cosa, pues sería demasiado horrible haber ido a parar allí por nada. Quizás en otro tiempo, acaso, hubiera aceptado semejante negación del mundo, aquella filosofía tan negra, tan desprovista de esperanza. Pero en aquellos instantes no podía hacerlo. Su primer sacrificio le había elevado sobre sí mismo. Rechazaba el pensamiento de haberlo hecho para nada. Y buscaba el remedio, sin descubrir un rayo de luz en las tinieblas en que se debatía, se resolvía con todas sus fuerzas contra aquel encierro. Más que su cuerpo, era su espíritu el que estaba falto de oxígeno. TERCERA PARTE. Capítulo Primero. 2. Por aquel tiempo, llegaron a Rheinbach el abate Sennevilliers y Henedyck. Decraemer los reconoció por casualidad desde lejos durante el paseo. No pudo decirles nada. Volvió a su celda lleno de una gran agitación y esperó al día siguiente preso de un loco nerviosismo. Al

día siguiente, durante el paseo, mientras los presos iban saliendo, se las arregló para dejarles pasar, aparentando que se detenía para limpiar una mota de polvo de los ojos. Así vio pasar al abate y, luego, a Hennedyck. Los llamó, ellos se volvieron y vacilaron unos segundos antes de reconocerle, no pudiendo ocultar completamente su horror delante de aquel rostro. Los tres tuvieron tiempo de estrecharse la mano furtivamente. Muy pronto, por uno de los prisioneros que repartían la pitanza por la mañana y por la noche, Decraemer supo que el abate había conquistado los favores de la administración. Había obtenido en seguida cierta libertad y menudos privilegios. Estaba ocupado en una oficina, en el reparto de los paquetes que enviaban a los presos sus familias. Lo primero que el abate hizo llegar a manos de Decraemer fue un libro. El preso de servicio (se les llamaba calafates) se lo trajo furtivamente, diciendo que volvería a llevárselo, a los tres días. Decraemer lo escondió debajo de su jergón y pasó una mañana febril aguardando con loca impaciencia a que pasara la ronda y transcurriera la hora del almuerzo. Por fin, con una última ojeada por la mirilla, los guardianes se alejaron por algunas horas. Decraemer pudo, entonces, correr a su libro y devorarlo como se devora el pan. Era la descripción del viaje de un misionero al Tíbet, relato bastante ingenuo, pero que Decraemer halló patético y lleno de fuerza. Causó sobre él una violenta impresión. Su espíritu hambriento tenía necesidad de cualquier pasto. Leyó ávida y avaramente, línea por línea, saboreándolo y gustando el texto, sin perder una letra, recogiendo de cualquier manera las migajas de aquel alimento espiritual y notando cómo la vida entraba en él, cómo su cerebro asimilaba nuevos elementos constructivos, nuevas sustancias. Devolvió el libro y recibió otro, y luego otro. A través de la cárcel circulaba una biblioteca. Y con los libros, iba de celda en celda un verdadero hálito de vida. Había un poco de todo. Algunas novelas, algunos libros de ciencia, una colección del Correspondant, historias infantiles... Pero él lo leía todo con el mismo ardor. Aquellas obras le dejaban una huella honda, de una extraordinaria intensidad. Nada impregna, nada perdura tanto como las lecturas hechas en el fondo de una celda. Se acercaba el invierno. Volvía el frío y la noche interminable. A las tres de la tarde, el día moría en la celda de Decraemer y la oscuridad le oprimía, le asediaba hasta las siete. Un día, a la hora de la comida, el preso de servicio entregó a Decraemer una caja. La abrió y halló un tubo de cristal, una mezcla de algodón, unas cuantas cerillas y una botella de tinta llena de petróleo. Había también una breve nota del abate. «Tenga usted cuidado de tapar el ventano. Valor. Sennevilleers». ¡Una lámpara! Decraemer, que habitualmente veía caer la noche como una agonía, la aguardó aquel día con impaciencia. Por fin, el guardián hizo una última ronda. Decraemer tapó el ventano, cegándolo con una manta, colocó sobre la mesa la caja, con el fondo hacia la puerta, y colocó el tubo y la mecha, procurando que se empapara bien de petróleo. Luego, la encendió. La caja formaba pantalla y los guardianes no podían ver nada por la mirilla. La llama vacilaba mortecina y amarillenta, pero a los ojos de Decraemer brillaba como una estrella. Era algo tan extraordinario que ni siquiera pensaba en leer. La llama le bastaba, la llama, el fuego, un poco de vida robada al enemigo, milagrosamente hallada. La contemplaba fijamente, dirigiéndole una especie de muda plegaria, como a un ser animado. Sentía igual sensación que un salvaje delante del fuego. No acertaba a adivinar de qué medios se había valido el abate para procurarse aquel tubo, aquel petróleo y aquellas cerillas. Todo tenía algo de prodigio. Y Decraemer se sentía menos solo, extremadamente reconfortado por tener a su lado aquel amigo que no podía ver y que hallaba el medio de mejorar la suerte de los que le rodeaban, a pesar de estar tan solo y tan aislado como ellos. Pero no sabía que también el abate había sufrido una crisis de desesperación, de nostalgia y de abatimiento semejante a la suya. La inacción le mataba y en seguida había tratado, como los demás, de escapar a aquella muerte lenta. Hombre muy instruido, habituado a los trabajos del espíritu, gozaba de recursos de una ingeniosidad excepcional. Pronto halló un sucedáneo extraordinario para su inacción. Se puso a estudiar el alemán. Los estantes del pequeño armario estaban farrados con pedazos de periódicos para evitar que se ensuciaran. Los guardianes cuidaban de no utilizar para ello más que las páginas de anuncios de los periódicos alemanes, para que los presos no pudieran saber ninguna noticia de la guerra. Pero aquello era precisamente lo que más convenía al abate, que hallaba en ellos croquis y reproducciones de objetos, así como un vocabulario variado y extenso. Su conocimiento del inglés y el hábito que tenía de escuchar el acento alemán por haberlo oído hablar con tanta frecuencia en el Norte y la extraordinaria facilidad para los idiomas, le ayudaron. Aprendió algunas palabras y se arriesgó a hablar con el guardián, mostrándole el objeto que nombraba. El otro se sorprendió, sonrió... El abate le enseñó sus anuncios recortados, aquella especie de diccionario primitivo que se iba formando con paciencia. Sin duda, el hombre se conmovió, porque algunos días después llevó al abate un pequeño diccionario y, luego, una gramática. Estaba salvado. Se puso a estudiar afanosamente. Su guardián le rectificaba el acento, todavía incierto, y aquello le evitaba seguir sufriendo la desesperante soledad. Algunas veces recibía carta de Lille. Los sobres llevaban la indicación «Para Herr Doktor Sennevilleers». Aquel tratamiento excitaba la curiosidad de los alemanes. El Obermeister de la cárcel, halagado de tener entre sus hombres uno de tal importancia y advertido por el guardián de los esfuerzos del abate, acudía de vez en cuando a visitarle. Como el abate progresaba en el estudio del alemán, el Obermeister le propuso emplearle en la

oficina y servir de intermediario entre la administración y los presos franceses. Sería el hombre de confianza, el Vertausmann del director. Se encontró así ante una inmensa tarea. Tanta miseria le impidió pensar en la suya. Existía un primer elemento, una menuda existencia de libros que circulaban entre algunos presos más felices que los otros. El abate reunió todo el dinero de que pudo disponer, hizo comprar otros libros y organizó una especie de biblioteca circulante. El dinero procedía de los guardianes y los presos se lo sacaban vendiéndoles el chocolate o las conservas que recibían en los paquetes. El abate desarrolló aquel sistema de intercambio. Pidió a los más ricos un diezmo sobre sus paquetes, hizo colectas para los pobres y procuró repartir un poco de bienestar. Obtuvo alcohol de quemar de los carpinteros que trabajaban en la cárcel, fabricó algunos infemillos con botes de conservas y los hizo llegar a manos de Hennedyck, Decraemer y otros. Halló en la farmacia tubos de ensayo para fabricar pequeñas lámparas, confeccionó mechas con hilos de sus ropas y sacó petróleo de las lámparas de los corredores, sirviéndose de una larga mecha como sifón. Fue así cómo Decraemer tuvo regularmente petróleo y luz. Al lado de aquellos beneficios materiales, el abate se desvivía también para proporcionar a los presos los alivios espirituales de los que estaban tan necesitados. Procuraba reconfortar a Hennedyck, que no recibía de Roubaix más que paquetes sin cartas, y que se desesperaba creyendo que su mujer habría podido alcanzar la Francia libre, y hacía planes para evadirse y alcanzarla por Holanda; servía de alivio a los enfermos, los débiles, a los cobardes, a los que se aferraban a su egoísmo aun en aquella soledad, a los jóvenes que vivían hacinados en una misma celda por falta de sitio y que se hundían en odiosas prácticas fisiológicas... Proporcionaba a estos el único remedio, el trabajo, proponiéndoles el estudio del latín o de las ciencias, obteniendo que les suministraran papel y tinta y proporcionándoles libros. Solo el trabajo lograba arrancarles de la tentación y salvarse. Y el abate, al ver aquel resultado, se preguntaba lo que sería del hombre cuando la máquina le hubiera condenado a la ociosidad y entreveía, más allá del problema del bienestar, un segundo problema mucho más grave y presumido por muy pocos. Daniel conoció toda aquella obra por los «calafates» y se benefició de ella. Pronto supo que el abate trabajaba para lograr unas entrevistas con él. Había pedido poder visitarle en su celda, uno o dos horas por semana, concediéndole permiso para verlo dos veces por semana, durante una hora. Aquello fue para Decraemer una resurrección. La vida volvió a ser posible para él. Un poco de comida, un libro, una luz y, de vez en cuando, una visita eran para él satisfacciones en las que antes no hubiera podido siquiera soñar. Y todo aquello se lo debía al abate. Decraemer contemplaba con maravilla la grandeza, la dignidad natural que tenía aquel hombre, aumentada aún por un ideal y una fe, que se templaba diariamente, se exaltaba de nuevo, volviendo a hallar posibilidades de ennoblecimiento en la plegaria, en el examen severo de sí mismo. De ahí aquella voluntad, aquel orgullo de permanecer hombre, de no abdicar nada de su dignidad humana, ni en las cosas grandes, ni en las pequeñas. Delante incluso de los guardianes, de los jefes, del Ober y del Hausbater, el abate seguía siendo siempre el mismo y superior a ellos, sin esfuerzo, simplemente. Ni la mayor injusticia, ni el ultraje ni la afrenta lograban hundirle en el furor o en las lágrimas, como los demás. Cuando el resto de los presos se quejaba, tirando por el ventano su pitanza infecta y rebelándose contra aquella comida más propia de animales que de personas, él la aceptaba y se la comía, cumpliendo con ello algo semejante a un deber, y no podía alegarse que su estado físico fuera mejor que el de los otros. Trataba a su cuerpo como a un espíritu, con juicio y cordura, como un buen medio, y no como un fin en sí. Y, puesto que el cuerpo no era para él más que un medio, los sufrimientos le afectaban menos, le causaban menos tormento moral. La palabra se rechaza, pero el ejemplo seduce. Decraemer se sentía subyugado por la magnitud de aquella alma. Hubiera dado cualquier cosa por poder ser igual a Sennevilliers. Y su estupor era grande al darse cuenta de que aquel hombre —ejemplo inaccesible para él— le admiraba a su vez. —Usted hace mucho más que yo, Decraemer —decía Sennevilliers—. Usted ha hecho mucho más que yo. No tengo nada en el mundo, ni situación, ni familia. No he arriesgado nada, ni siquiera lo arriesgo ahora. Usted, en cambio, tenía fortuna, mujer, hijo. Y lo ha sacrificado todo. Yo soy quien le admira. Debe haber sido muy grande la causa que le ha impuesto este enorme sacrificio. Decraemer se sintió conmovido. —Es cierto —confesó—, es cierto... Reconocía que su gesto había sido inexplicable, que todo le aconsejaba la capitulación ante los alemanes, la venta de las existencias, el mismo trabajo para el enemigo. ¿Por qué había hecho aquello? ¿Qué fuerza le había impulsado? Todo había cambiado a sus ojos. Entreveía una meta a su aventura, una utilidad posible, el mejoramiento de sí mismo. Sondeó en su propio interior y se dio cuenta con asombro de que el abate tenía razón, de que, desde su encarcelamiento había crecido, se había engrandecido. No le quedaba ya ninguno de sus bienes. ¿Qué podía hacer al día siguiente en la pobreza? La libertad en la miseria sería el cielo en comparación con la cárcel de Rheinbach. Conocía perfectamente sus fuerzas, sus debilidades; se conocía a sí mismo. Había aprendido a saborear las alegrías y las bellezas del mundo en su carácter más humilde, a exaltarse delante de la pobre llama de su lámpara o ante una margarita silvestre cogida al pasar en el curso del paseo, que conservaba después en una vieja botella de tinta llena de agua, el designio inevitable de una inmensa bondad. El hombre se abandona involuntariamente al pensamiento de que

una Providencia vela especialmente para él y le tenía predestinado a alguna gran misión. La idea seducía a Decraemer. Confusamente se iba dando cuenta de que se orientaba hacia una doctrina de esperanza. Incluso en la cárcel, Hennedyck seguía siendo hombre de acción. Preparaba nada menos que la evasión general. Estaba en la misma ala del edificio que el abate y Decraemer, en el cuarto piso. Cuando anochecía se comunicaba con sus vecinos por el ventano, pues se había establecido todo un sistema de correspondencia de celda a celda. Por medio de cuerdas que corrían a lo largo de la fachada, llegaban a cambiarse víveres y pedazos de papel, en los que garabateaban mensajes con pequeños pedazos de plomo que distribuía el preso ocupado como plomero. Aquellos pedacitos marcaban sobre el papel un trazo negro y hacían, las veces de lápices. Versclevén, un gran industrial de Amberes, un comerciante en lino que Hennedyck había conocido antes de la guerra y a quien los alemanes empleaban en el lavado, robaba las cuerdas de secar la ropa y se las daba a los otros. Hennedyck, Versclevén, Deraedt, el plomero y otro hombre joven, su vecino de celda, tramaron la fuga. Se llevarían al abate y a Decraemer y tratarían de alcanzar Holanda. Versclevén hablaba con fluidez el alemán y sería infinitamente preciso para el grupo. La cárcel estaba rodeada de un alto muro. Entre aquella muralla y un segundo muro, aún más elevado, estaba el camino de la ronda. En el muro interior se abría una puerta que daba a los lavaderos. Hacía falta procurarse la llave de aquella puerta. El muro exterior era muy alto. Se necesitaría un garfio y una escalera de cuerdas para salvarlo. Hennedyck obtuvo el garfio serrando un barroto del sommier de su cama-mesa. La sierra de metales se le proporcionó Deraedt. Versclevén pudo hacerse con un rollo de cuerda muy fuerte. Algunos días distribuían bizcochos proporcionados por las sociedades de ayuda que funcionaban en Norteamérica y, entonces, cogían cada vez un travesaño de las cajas. Ataron estos travesaños por dos extremos, uno tras otro, y obtuvieron así una escalera, al final de la cual ataron el garfio. Deraedt, el plomero, estaba empleado por los alemanes en la tarea de revisar las tuberías de agua y gas de la cárcel. Un día Versclevén aprovechó una distracción del Werkmeister que dirigía el trabajo de los lavaderos, cogió las llaves que estaban sobre la mesa y hundió la que abría la puerta del camino de ronda en un pedazo de miga de pan, que luego cortó en dos, siguiendo el eje de la llave. Obtuvo así un molde que le dio a Deraedt. Este la fundió en una aleación de plomo y estaño y así obtuvieron una llave. Todo aquello fue largo y difícil. Pero los presos poseían una fuerza universal que es capaz de remplazar todo: el tiempo. Hennedyck recibía frecuentemente paquetes. Vendió las conservas al guardián e hizo que alguien le comprara ropas de paisano. Todo estaba preparado. Decidieron partir el domingo, a la hora de la comida, cuando las cocinas estuvieran abiertas y pudieran aprovecharse las idas y venidas por los corredores. El domingo, los guardianes eran mucho menos numerosos y aquella circunstancia facilitaría la fuga. En aquel momento fue cuando Decraemer enfermó. Desde hacía mucho tiempo se iba debilitando a ojos vistas. Le acometieron unos síncope y tuvo accesos de fiebre y de delirio en su celda. El abate creyó que iba a morir y rehusó unirse a los fugitivos. El domingo al mediodía, mientras los presos salían a los corredores, Hennedyck y los otros tres se deslizaron hacia la entrada de la cocina y se precipitaron hacia el lavadero. Escondidos en la bodega vieron por el tragaluz cómo pasaba el centinela alemán por el camino de ronda. Lanzaron la cuerda. Al tercer intento el garfio quedó asegurado en lo alto del muro. Izaron la escalera de cuerda y subieron uno tras otro. Cuando estuvieron en lo alto del muro no aguardaron a subir la escalera y lanzarla al otro lado, sino que se dejaron caer al suelo y huyeron apresuradamente hacia el bosque que coronaba las colinas lejanas. Hennedyck, que se había torcido el tobillo al caer, era el último. A cada paso que daba, perdía terreno. Trataron de llevarle en brazos, pero él rehusó, no queriendo que los otros se perdieran por su culpa. Ya la alarma había sido dada, sonaba la campana de la cárcel celular y llegaba hasta ellos el rumor de las órdenes que vociferaban los centinelas. Cinco minutos después habría una jauría de hombres, y de perros en su persecución. Hennedyck supo luego que un preso alemán, que por casualidad permanecía en el lavadero, los había visto escalar el muro y había dado la voz de alarma. Corrieron algunos kilómetros. Los bosques estaban ya cerca. Por las laderas se acercaban una treintena de guardianes armados con fusiles. Hennedyck se dio cuenta de que no podría alcanzar el bosque. Cesó de correr y se sentó en el suelo esperando a que llegaran los guardianes, mientras sus compañeros se hundían en las primeras espesuras del bosque. Lo llevaron de nuevo a la cárcel y lo encerraron en un calabozo. Allí permaneció unos quince días. Luego, medio muerto de extenuación y de fatiga, lo embarcaron en un tren y lo enviaron al interior de Alemania. TERCERA PARTE. Capítulo Primero. 3. Tras una semana de delirio, Decraemer volvió en sí muy débil. El abate había conseguido el privilegio de visitarlo diariamente y lo alimentaba a cucharadas de leche condensada, como un niño. Hasta mucho después Decraemer no tuvo conciencia del peligro que había corrido. Cuando pudo comprender que el abate le había sacrificado su libertad, salvándole también la existencia, sintió una ola de agradecimiento hacia él. Sin sus cuidados, hubiera muerto en aquella celda. Los alemanes dejaban morir a los presos, sin el menor humanitarismo. Decraemer recordaba aún haber oído la agonía de un muchacho de veinte años, en una celda próxima a la suya, que había muerto sin que nadie le asistiera en sus últimos momentos. Debía la vida al

abate. Aquello fue lo que provocó en él un impulso definitivo. Sintió un estremecimiento de gratitud y deseó ser con todas sus fuerzas un hombre igual al abate, seguir su ejemplo, formar parte de aquella Humanidad que mejor representaba para él el sacerdote y cuya caridad le había ganado. Sin querer, sin haber pensado jamás un instante en ello, el abate Sennevilliers había llegado a realizar aquella extraña conversión. A partir de entonces comenzó la sorprendente elevación de Daniel Decraemer. Terminó por aislarse completamente del mundo. Se rompieron los últimos lazos, y la carne, mortificada con exceso, dejó de reaccionar. El espíritu, a pesar suyo, se había acostumbrado. No sabía adónde iba, ni en qué terminaría todo aquello. La guerra, la victoria, la muerte y la libertad eran otros enigmas. Desligado por fuerza de las fuerzas terrenas, el espíritu se volvía hacia Dios. Y la vida de los hombres, con su egoísmo, sus bajezas, sus pasiones y sus pecados, que aumentaban en aquel infierno, favorecían aquella elevación tanto como el régimen alimenticio y la disciplina. Si las filosofías imponen los modos de vida, estos, por su parte, imponen la filosofía. Fue Maurice Maeterlinck quien expresó en alguna parte este emocionante pensamiento: «Toda tentativa del hombre para elevarse, comienza casi siempre por la adopción de una disciplina alimenticia rica en productos vegetales». Del budismo al pitagorismo, del Cristianismo al antonianismo de hoy, las religiones reconocen esta reacción de lo físico sobre lo mental y el aligeramiento del espíritu que origina el alivio de los humores. Por otra parte, parece que el hombre experimenta un cierto orgullo en torturar su cuerpo. Un Pascal bien alimentado, probablemente nunca hubiera escrito sus «pensamientos». La atmósfera de una cárcel es, además, en el fondo, idéntica a la del claustro. Y es cosa singular que una disciplina, voluntaria o impuesta, produzca, sin embargo, resultados casi similares en el alma humana. En la vida corriente, Decraemer no hubiera tenido nunca la energía de imponerse tan rudo apartamiento del mundo. Pero obligado a ello por una voluntad exterior, el efecto era el mismo. Él lo comprendía. Y veía allí, en aquella prueba, en aquel enclaustramiento, el deseo y la voluntad de Dios. Parecía que Alguien, como decía el abate, tuviera sobre él intenciones extraordinarias, proyectos poco comunes y que Él los hubiera puesto a prueba en su soledad. Decraemer había hallado en la Imitación la frase que a sus ojos simbolizaba aquel pensamiento místico. Y la había escrito en la primera página de una libreta de notas que le había dado el abate: «Aquí los corazones se purifican como el oro en el crisol. . .». Sí; Dios lo quería, Dios había escogido especialmente para él aquella prueba, para que se templara en ella. La guerra era el crisol. El vil metal no resistiría. El oro, los corazones nobles, puestos a prueba en el sufrimiento, tendrían todo su valor y saldrían purificados. Acaso una gran misión esperaba a Decraemer. Era el elegido. A pesar de su mísero estado, experimentaba una gran dulzura, un gran orgullo. Aquella misión le abrumaba y le exaltaba al mismo tiempo. Llegaría el momento de ser víctima. Estaba llamado a ser en la tierra un ejemplo vivo, como antes Cristo, como en aquel momento el abate Sennevilliers. El espectáculo del inmenso sufrimiento que tan valerosamente aceptaba ayudaría a los que le rodeaban, les recordaría esa parte divina del alma humana que cada cual lleva en sí, para que, más tarde, pudiera decir delante de las bajezas del mundo: «No solo existe esto, sino también un Decraemer». Igual que el abate había dicho: «¡Hay un Sennevilliers. . .!». Y que su recuerdo le reconciliara con los hombres. Aquella vieja idea le obsesionaba sin cesar. Quería actuar, ser la levadura del mundo, aquella ínfima partícula de fermento vivo que hace aumentar la masa. Junto a él veía al abate Sennevilliers y experimentaba su enorme influencia. Aquello le confirmaba en su pensamiento de que era posible conducir los hombres por el sendero del bien. No se daba cuenta de que la atmósfera de la cárcel actuaba sobre todos como sobre él mismo, favoreciendo aquel misticismo y aquellas conversiones que no hubieran sido tan prontas y tan fáciles en un mundo normal. Pero, de haberlo entrevisto, habría rechazado la idea como absurda. Desechaba la duda con toda su voluntad. Se sentía un hombre nuevo en medio de un universo transfigurado. A sus ojos, las cosas habían adquirido un sentido nuevo. Lecturas como la Imitación, que no hubiera comprendido otras veces, le transportaban. Antes, una doctrina semejante de ascetismo y humildad le hubiera hecho encogerse de hombros. Pero es que entonces estaba ciego para sí mismo, para su mujer y los suyos. Había hecho del dinero su ideal y había amado en Adrienne lo que menos importaba: el cuerpo, la belleza, la apariencia, la alegría de los sentidos. Había educado a su hijo en un materialismo puro, afanándose estúpidamente en proporcionarle una vida fácil, el lujo, la riqueza, en prepararle una existencia de conquistas inútiles, de alegrías sin nobleza, de tristezas, de remordimientos. Y todo aquello, en el fondo, por puro egoísmo. Había amado a los suyos a través de sí mismo. Había complacido en ellos su propio orgullo, su deseo de dominio, esa naturaleza llena de artificios, ávida, curiosa, que no conduce más que a sí mismo. . . Pero todo aquello había cambiado ya. Sabría amar a los otros por sí mismos y no a través de él. El amor que sentía hacia su mujer magníficamente purificado, por la ausencia, la muerte de todo elemento carnal —de todo aquello que aporta en las relaciones humanas un elemento de corrupción— se elevaba en aquellos instantes por encima de las preocupaciones de belleza, de gracia y de lujo. A partir de entonces, la amaría por lo que había sufrido, por el calvario que habían pasado juntos cuando murió la pequeña Louise, y la amaría hasta en sus dolores, sus debilidades y sus pecados. Pondría en su hijo un amor sin egoísmo, lleno de fe y de emoción, le

buscaría una carrera y le señalaría una vida donde el dinero fuera tan solo una preocupación secundaria al lado de la inmensa labor útil que Jacques desarrollaría. . . Veía incluso a sus enemigos bajo otro aspecto. No les odiaba ya. A ellos, a las pruebas que le habían hecho pasar, debía su elevación. Les debía gratitud por aquello que le habían permitido conocer. Tampoco odiaba a los alemanes, sino que se sentía elevado a una especie de ideal internacional. Todos tenían que entenderse, todos tenían que amarse, que terminar aquella guerra cuanto antes sin pérdida alguna de territorio, de dinero ni de prestigio, para comenzar cuanto antes la era nueva, la paz definitiva. Llegaba a los extremos más inconcebibles, negando el derecho a la resistencia, afirmando que no hubieran debido defenderse, que hubiera valido más dejar al enemigo invadir el país abandonado, conquistando al enemigo por la resignación. El abate, casi horrorizado por aquel misticismo, temeroso de las alturas a que su amigo parecía haberse remontado, le respondía tímidamente: —No podemos dejarnos devorar como corderos. Pero Decraemer tenía una respuesta definitiva y lo rebatía con sus propias armas. —¿Acaso duda usted? Si hemos de ser devorados, nuestro ejemplo servirá más a la causa de la paz que nuestra resistencia. Hay ideas-fuerza. . . Diariamente ponía en práctica sus propias doctrinas y así llegó a conmover, con su pasividad a la fiera cruel de Engaña-muerte, su guardián. Ello le hizo adoptar una especie de aire de triunfo que cerró la boca del abate. Engaña-muerte tenía un hijo en el frente. Resultó muerto en uno de los últimos combates, y Decraemer se enteró. Durante el paseo, al pasar por delante de Engaña-muerte, se detuvo a su lado y le dijo penosamente, en un mal alemán: —Te acompaño en el sentimiento, pobre hombre. . . Engaña-muerte, tardó en comprender el gesto, pero luego no pudo evitar una lágrima de desesperación. Aquel día pareció que Decraemer había vencido su ferocidad. Engaña-muerte se hizo mejor para él, manifestó una especie de piedad y acaso de arrepentimiento. Todo aquello proporcionaba a Decraemer una inmensa serenidad. Había alcanzado una elevación y una exaltación que daban al abate gran vértigo y lograban inquietarle. Llamaba al dolor, lo invocaba como alimento vital. Su libreta de pensamientos diarios reflejaba su misticismo, tomando prestadas de la Imitación, estas invocaciones que traspasaban por completo la naturaleza humana: «Os doy las gracias, Señor, de que no me hayáis ahorrado los males y de que, por el contrario, me hayáis abrumado severamente con ellos, cargándome de dolor y llenándome de angustia y de miseria por dentro y por fuera. Abrumadme, abrumadme más aún. . .». Para él, el dilema de Pascal no existía ya. Escribía: «Al actuar para la eternidad, gano de todas las maneras, ya que me aseguro en el renunciamiento la sola felicidad terrestre posible. . .». Había leído y remitido al abate Sennevilliers su testamento. Sentía que las fuerzas le abandonaban y pensaba que no volvería a ver más a Adrienne, aunque hubiera querido, antes de morir, proporcionarle luz, convertirla a su nueva bondad. Decía: «Esta aventura ha sido la felicidad de mi vida. Aguardaré en paz los sufrimientos, dispuesto a acogerlos como un favor, como la señal de la solicitud de Dios hacia mí, indigna criatura. Mis gritos de dolor son el himno más bello, el canto más hermoso a la gloria de la Divinidad. Si mi bienamada mujer puede extraer, como yo, la preciosa esencia de la verdad del fruto amargo del sufrimiento, mi calvario y mi muerte serán para ella, como para mí, una inmensa bendición. Tengo confianza en esta solidaridad de las almas que durante tanto tiempo rechacé como una injusticia, y mi sufrimiento volverá a caer sobre los hombres como una lluvia saludable. . . Aquí moriré infinitamente dichoso. . .». Era ya feliz. Y con una felicidad total, absoluta. La miseria física ya no le conmovía. Había hecho suya la frase de Santo Tomás: Cella continuata dulcesit. . . En aquella celda encontraba una paz monacal. En el silencio de aquella soledad todo adquiría una fuerza, una sonoridad emocionante. Y el agotamiento físico de Decraemer acrecentaba más aún la intensidad de las raras impresiones que podía recibir del exterior. El libro más insignificante, la historia más infantil le hacían llorar. Pronto llegó la época en que, encaramado a la ventana, pudo contemplar la nieve invernal extendida sobre la llanura, las colinas y los bosques, como una inmensidad virginal. Toda aquella pureza inmaculada hacía asomar lágrimas a sus ojos, sin que él mismo supiera por qué. Saboreaba la menor alegría. Una palabra de afecto del abate, la más insignificante dulzura, repercutían largamente en él, bastando para alimentarle espiritualmente diez días. Temía las emociones demasiado intensas, como el ojo acostumbrado a las tinieblas se siente herido a la menor claridad. Por encima de todo, se sentía feliz de haber hallado, por fin, la certidumbre, la paz, la fe, de cuya pérdida los escépticos no se consuelan jamás. ¡Basta de dudas, de vacilaciones, de odios. . .! Pues el odio es una enfermedad que envenena el alma. A aquellas reacciones malsanas había sucedido la certidumbre de sobrevivir, una infinita perspectiva luminosa que le aguardaba al final de su vida, como una aurora, la posibilidad de volver a encontrar el espíritu de los muertos, de sus padres, de su pequeña Louise. Y, finalmente, había hallado también una solución, una solución infinitamente sencilla: la del amor y la caridad. Decraemer había sido durante mucho tiempo uno de aquellos ricos que dudan de la legitimidad de sus riquezas y para quienes el pan tiene un sabor de cenizas. Había buscado una posibilidad de organización del mundo sobre una base más equitativa hasta en el socialismo. Pero nada le había dejado satisfecho. Desde el interior de su celda veía aquella posibilidad en el Cristianismo. ¿Qué importaban los temas políticos? Todos serían igualmente buenos el día en que los hombres se amasen o cada uno adoptara aquella

línea de conducta tan sencilla: «Para mí solo lo necesario; para mi prójimo, el resto». Decraemer había proyectado para el futuro —un futuro que esperaba sin pasión, con gran despego— la construcción de una especie de ciudad de Dios en miniatura, en las proximidades de Lille. Una fábrica ventilada, limpia, casas con jardines, con luz y aire abundantes, y sin exigir a cambio que el obrero abdicara de su libertad. Lograría la liberación de la mujer por medio de una indemnización a las mujeres casadas, que les pertenecería a ellas en exclusiva y las libraría de la fábrica. Una cotización bilateral del patrono y del obrero por la que este último pagaría su casa en veinte años y sería inmediatamente propietario de la misma, solucionarían el problema de las viviendas. Con la garantía de los industriales funcionaría una caja, en la que, de acuerdo con este principio, encontraría el obrero capitales a largo plazo. Deseaba acabar con la leyenda del obrero esclavizado en sus fábricas, en sus talleres. Quería asegurar la instrucción, no solamente gratuita, sino obligatoria, sin que la prisa de los padres de ver al niño aportar su salario, pudiera constituir un obstáculo. Los estudios, más prolongados, comenzarían más tarde. Es inútil pasar dos años enseñando a un niño lo que un muchacho de doce años aprende en tres semanas. Era inútil hacer filosofar a un adolescente de dieciséis años, haciéndoles comentar a Pascal y a Racine. Sería mejor educar primero los cuerpos de seis a diez años para comenzar después las humanidades, que se podrían prolongar hasta que los espíritus estuvieran suficiente maduros para asimilar la esencia. Organizaría una especie de gremio, al modelo antiguo, en el que el jefe de industria no tendría más ventaja material, en contrapartida de su responsabilidad, que la obligación de proporcionar a todos trabajo, una vida sana y el ejemplo de la caridad y el afecto mutuo. Cuando se contemplaba a sí mismo, cuando comparaba el hombre de antes con el de ahora, Decraemer tenía la impresión de que había enriquecido notablemente. Se sentía más hombre. Era capaz de comprender cosas que de otra manera nunca hubiera comprendido, de vivir la propia miseria de los demás. Y alcanzaba a comprender plenamente aquel pensamiento del filósofo: «El hombre que ha sufrido mucho puede compararse al que conociera muchos idiomas y fuera por ello capaz de comprender a todos los hombres...».

TERCERA PARTE. CAPÍTULO Segundo. 1. Aquel día, Annie había lavado hasta las cuatro, frotando sobre su muñeca vendada con un pedazo de trapo, toda la colada. En la bodega de Madame Albertine hacía frío. Afuera helaba. El vaho de la colada se helaba en las paredes. Con los pies metidos en agua, el vientre dolorido a causa de la continua humedad, los brazos hinchados y las manos ensangrentadas, Annie se sentía al límite de sus fuerzas. Subió a la cocina para descansar y calentarse unos momentos antes de reanudar la tarea. Sacó de un papel unas rebanadas de pan con mantequilla y se la comió, masticando lentamente y frotándose las doloridas coyunturas de las manos y de las muñecas. Fue en aquel momento cuando llegó Barthélémy David. Había entrado hacía unos minutos y buscaba a su amante, sin encontrar a nadie. Albertine Mailly había salido y las criadas habían aprovechado la ocasión para marcharse a su vez. David estaba malhumorado. Aquel hombre tenía miedo de la soledad, miedo de tener un minuto de holganza, de reflexionar sobre sí mismo y sobre lo vacío del enorme esfuerzo que hacía en su lucha continua por el poder y la riqueza. Soltó unos juramentos y se sorprendió al hallar a Annie sola en la bodega. No la había vuelto a ver más que dos o tres veces desde aquel día en que la librería de partir hacia las Ardenas. Y en cada ocasión había conversado con ella, preguntándole por su vida, sus padres y su tío Gaspard. Ella le respondía con simplicidad un poco ingenua, testimoniándole siempre una confianza casi amistosa. —¡Vaya! ¿Estás aquí? ¿Dónde están las criadas? —No lo sé, Monsieur David... Madame Albertine ha salido y no volverá hasta el anoecer... —¡Qué mujeres! ¡Heme aquí completamente solo! ¡Tengo hambre! Abrió la despensa, cogió un pedazo de pan y puso la cafetera a calentarse sobre las ascuas. —¡Dios! ¡Vamos a hacernos un poco de café! Eso me recuerda mis buenos tiempos, mi juventud... ¿Y a ti, Annie, cómo te va? —Bien, Monsieur David, pero hace mucho frío... —¿Quieres un poco de café? ¿De verdadero café, con verdadero pan de trigo y verdadera mantequilla? Le sirvió café, le llevó pan y mantequilla y la contempló mientras comía. Ella no se atrevió a rehusar y comió avergonzada bajo su mirada. Él pensaba en aquel día de la rue d'Avelghem y la recordaba apurada, sin atreverse a acudir a él, no osando creer en su liberación, y alejándose luego como una loca, sin atinar siquiera a darle las gracias. No pudo contener una sonrisa. La pequeña le divertía extraordinariamente. Sentía hacia ella simpatía, compasión y también un poco de curiosidad. ¿Qué pensaría de él? ¿Cómo le vería? ¿Sería honesta? ¿No especularía jamás con la amistad que le otorgaba? David tenía reputación de ser generoso con las mujeres y siempre había considerado la honestidad con cierto escepticismo. Toda aquella timidez, aquella vergüenza, aquella turbación, podían ser muy bien una comedia. ¿Qué esperaba ella de él? ¿Lo tomaría acaso por un vacilante, por un estúpido? No le gustaba pasar por estúpido. Decididamente, aquel caso le interesaba. Se dio cuenta de que aquel largo silencio era poco natural. —¿Y en tu casa, pequeña, están bien? —Vamos viviendo. Echo mucho de menos a mi tío... No sé acostumbrarme a la idea de que no volverá jamás. Es triste... En el fondo, era mi mejor amigo. Me hacía el efecto de alguien a quien tenía la obligación de defender, por quien tenía que luchar. Un niño. —¡Bah! Tú eres joven, tienes el porvenir por delante... —¿El porvenir? —Claro que sí. Te casarás, tendrás hijos... —Será difícil que me case. —Eres una muchacha bonita... Pero ella, sin oírle,

prosiguió: —No soy rica. Hago colada y no soy lo que llaman una muchacha bonita. Nadie bien educado, instruido vendrá a buscarme. Y para cualquier otro soy demasiado difícil... Se rio de su propia confesión, ingenua, sinceramente. Luego se puso seria y repitió: —Muy difícil, sí... No querré nunca casarme como las otras, vivir como todo el mundo, como... como animales en el establo. Vivir debe ser otra cosa, ¿verdad, Monsieur David? —Sí, sí —afirmó David. Y para sus adentros pensó: «Esta pequeña está representando decididamente su papel... Vivir... otra cosa... Sí, sí...». A partir de aquel momento le interesó enormemente, inspirándole una curiosidad nueva, completamente distinta de la que había sentido al principio. Se despertó el seductor que latía en él y por unos instantes ni siquiera prestó atención a lo que ella le decía. Instintivamente, soñaba con su conquista. Combinó un plan y trató de adivinar adónde podía llevarle aquella aventura, en el peor de los casos. Súbitamente, preguntó: —¿Has terminado de comer? —Sí. —Aguarda, entonces. Se fue y reapareció a los pocos instantes con una botella y dos copas de cristal. —¡«Fine Napoleon»! —anunció—. El único que queda en Roubaix, pequeña... Vamos a saborearlo los dos solos. ¡Anda, tómalo! Y dime si eso no calienta... Ella bebió un trago, hizo una mueca y tosió sofocada. —¡Cómo quema, Monsieur David! Se echó a reír, pero luego ahogó un grito y soltó la copa, que cayó al suelo y se pulverizó. David, por detrás, la había asido por la cintura y le besaba la nuca. Lo apartó con fiereza y permaneció ante él unos instantes, temblorosa y muy pálida, como si no hubiese comprendido bien lo que acababa de ocurrir. Luego estalló en sollozos: —¡Oh, Monsieur David! ¡Monsieur David! Tapándose el rostro con ambas manos, echó a correr por el pasillo y huyó. —¡Annie! ¡Ven aquí, Annie! ¡No seas tonta! ¡Ha sido una broma! Pero Annie no estaba ya en la casa. David contempló la botella, la copa rota, la mancha rojiza del alcohol que exhalaba un fuerte aroma. Se dio cuenta de lo ocurrido y su orgullo sufrió al pensar el aire ridículo que debía tener en aquel instante. Si Albertine entraba en aquel instante y lo sorprendía... Aquella idea le volvió a la realidad. ¿Qué decir? La huida, el alcohol derramado, la copa rota y la colada a medio hacer eran cosas bastante fastidiosas... —¡La pequeña presumida! ¡Ha olvidado su abrigo! Lo cogió y lo echó despectivamente a un rincón. Luego recogió los pedazos de la copa, los echó entre la ceniza y limpió el licor del embaldosado. Mientras pasaba la bayeta por el suelo, no pudo menos que sonreír de su grotesca situación. —No sé cómo voy a arreglármelas. No puedo acabar toda esa colada yo solo. Se levantó y permaneció unos instantes vacilante. Se sentía disgustado y no muy orgulloso en el fondo. Se encogió de hombros. —¡Al diablo! ¡Que piensen lo que quieran! Dejó todo tal como estaba y abandonó la cocina. Pasó los días siguientes bastante pensativo. Al principio, tomó la cosa con indiferencia. No cabía duda de que la pequeña le había jugado una mala pasada y quería que se consumiera primero de deseo por ella, para luego salirle al encuentro. Era mucho más maliciosa que las otras... Trataba de darse a sí mismo burlones consejos: «¡Atención, viejo David! ¡Esas muchachitas suelen resultar peligrosas...!». Pero en el fondo sabía que todo aquello no era cierto. Había visto en Annie la sinceridad, la rebeldía, el sobresalto de su honestidad indignada. Y no se equivocaba. Finalmente, tuvo que reconocer que había hecho una tontería. Reflexionó más profundamente, con mayor sinceridad. Recordó las conversaciones de Annie, sus miserias, sus sufrimientos, contados sobriamente. Le volvieron a la memoria sus ingenuas confesiones, aquel asunto del matrimonio que había expuesto con tanta ingenuidad, con un aire a la vez divertido y decepcionado. Recordó su expresión en aquel momento, aquella débil sonrisa, ligeramente triste, aquel rostro sincero... No cabía duda de que ella se había confiado enteramente, creyendo acaso que hallaría en él un sostén, una protección. ¿Y cómo había respondido? ¡Qué desilusión, qué disgusto para aquella muchacha! Fueron tan grandes sus remordimientos que, una mañana, sin poder resistirlos más, se dirigió a la casa de la muchacha. Llevaba envuelto en un papel el famoso abrigo que había guardado luego cuidadosamente en un armario para que Albertine no reparara en él. Llegó a casa de Annie. Vivía en la rue de Thionville, en Croix, una calle sucia que el frío hacía estar desierta. Llamó a la puerta despintada de la casa oscura y triste. Fue Joséphine Mouraud, la madre, quien acudió a abrir. Reconoció en seguida a David, cuya fisonomía era popular en L'epeule. Su acogida sirvió para infundirle ánimo. —Monsieur David... ¡Oh, muy bien...! Le hizo entrar en un pasillo sumido en la penumbra de paredes enmohecidas e impregnado de un fuerte olor a colada y a planchado. —No me atrevo a hacerle pasar; la casa está llena de ropa sucia... Estamos lavando. —No se moleste, únicamente he venido a devolverle el abrigo de Annie. —Es usted muy amable. —También quiero preguntarle si Annie no podría volver a lavar en casa de Madame Albertine. El rostro de la madre expresó bien a las claras su pesar. —Lo siento, Monsieur David, pero la pequeña no quiere volver de ninguna manera. —¿Es que acaso no estaba bien pagada? —Muy bien pagada, Monsieur David; pero no sé qué pasó la última vez que fue. Volvió antes de la hora, diciendo que estaba enferma y que tenía mucho frío. Y después ya no quiso volver. Lo siento mucho, créame... —¿Quiere llamarla? ¿Está aquí? —Bien, la llamaré... Desapareció por el fondo de la cocina y regresó sola, unos minutos después. —No quiere venir, Monsieur David, le da vergüenza. Dice que está muy sucia. Está en plena colada... Dice que no vale la pena, que no le gusta trabajar en casa de Madame Albertine. Es muy terca. —Está bien —repuso David. Se fue, murmurando entre

dientes: —¡La pequeña mojjigata! ¡Vaya pretenciosa! Ya veo su juego, quiere alejarme, tenerme impaciente. Pero ni hay nada que hacer conmigo. Que pruebe con otros. Conmigo está perdiendo el tiempo. Pero en el fondo sabía que todas aquellas razones eran vanas. Se mentía a sí mismo, intentando así cerrar los propios ojos a aquel desaire, a aquel disgusto que sentía consigo mismo y que no dejaba de sorprenderle. TERCERA PARTE. Capítulo Segundo. 2.

Ingelby hacía antesala en el salón de David. La pieza era suntuosa. Pero Ingelby, que poseía en su despacho un sécrétaire de Boulle, tapices persas de más de un siglo de antigüedad y telas bituminosas y sucias de Ruysdael y Memling, contemplaba con indiferencia aquel lujo un poco brutal que complacía a David. Más que la restallante sinfonía de los granates, de los rojos y de los oros del salón, prefería la bruma azulina de las lejanías del parque, la exuberancia de los arbustos, el encaje helado y denso de las ramas negras sobre el fondo grisáceo del cielo, los verdes empañados, marchitos, el césped helado donde se eternizaba como espuma, la blancura de las nieves cuajadas a intervalos. Un sol lívido y enfermo, de un amarillo incierto, desaparecía detrás de las copas desnudas y reseca de los grandes árboles, filtrando oblicuamente sus haces en aquella atmósfera brumosa, en aquel cielo pálido y en aquel silencio invernal. Ingelby tenía cincuenta años. Nadie podía jactarse de conocer a fondo aquel hombre flemático, austero y taciturno. De nacimiento modesto, aunque muy instruido, sin que se supiera cómo, se había visto objeto por primera vez de la curiosidad pública por su matrimonio con Mademoiselle Bargerel, hija única de un comerciante de tejidos. Él no aportó nada a la boda, y ella, en cambio, recibió setecientos mil francos de dote. Ingelby no los utilizó, como hubiera podido creerse, en cualquier negocio de lana o más o menos directamente relacionado con el de su suegro, sino en montar una fábrica de limonada. Más tarde, se supo que había estado durante algún tiempo empleado en una fábrica similar de Bruselas, de la que había guardado celosamente los procedimientos y los métodos de fabricación. Empezó a producir un líquido amarillo claro, color champaña de gusto azucarado que recordaba bastante el sabor de la mandarina y que burbujeaba en los vasos produciendo una abundante efervescencia. Una extensa publicidad, un envase original, el gusto desastroso del público siempre dispuesto a aceptar esas horribles bebidas espumosas y artificiales y un nombre escogido con acierto, contribuyeron a la difusión de la «Burbuja de oro», como la llamaban los anuncios. Valiéndose de certificados médicos que recomendaban las propiedades tónicas, uréticas y estomacales de la «Burbuja de oro», Ingelby contribuyó a estropear sin remedio, en el plazo de unos años, millares de tubos digestivos. Pero acumuló tres millones. Compró un extenso terreno, situado entre el Canal y la vía férrea, en el barrio de La Guinguette. Lo hipotecó hasta el máximo y encontró un socio que aportó el dinero que le faltaba para construir la gran fábrica de cerveza que siempre había soñado. Hubo necesidad de trabajar de firme. El terreno era esponjoso y movedizo. Fue preciso afianzarlo con mil doscientos pilares de cemento. Aquello dobló el presupuesto de las obras. Ingelby dejó que terminaran el trabajo y luego se negó a pagar, cargando la responsabilidad al contratista y alegando que hubiera tenido que prever aquel suplemento en los gastos. El asunto duró años enteros. Informes, contrainformes, arbitrajes que no arbitaban nada; todas las maniobras judiciales susceptibles de retardar la evolución de un asunto fueron hábilmente utilizados por él. Al cabo de cuatro años, el contratista quebró. Ingelby sabía el arte de conciliar la amistad de los síndicos y transigió con la masa de acreedores un arreglo al sesenta por ciento. Luego, comenzó la batalla con el socio. Ingelby no era partidario de las sociedades. Había hecho insertar en el acta de asociación una cláusula estipulando que toda falta de honor capaz de entorpecer la prosperidad de la sociedad, entrañaría en pleno derecho la exclusión de ella a la parte infractora, con la obligación por parte del socio restante de rembolsar a esta su parte en el negocio. Compraron a unos contrabandistas holandeses sacarina para la fabricación de jarabes de granadina y de limón. Un buen día, Ingelby aparentó darse cuenta por primera vez de aquel asunto, manifestó una gran indignación y reclamó la aplicación de la cláusula de exclusión. Fue un gran escándalo. Su socio le agredió a tiros de revólver, erró y fue condenado a dos años de prisión. Ingelby quedó libre. Comenzó la batalla para conquistar las tabernas. En el Norte, las fábricas de cerveza no venden cerveza más que cuando son arrendatarias de las tabernas donde se expende. El esfuerzo de las grandes fábricas tiende así a acaparar el mayor número posible de tiendas, donde imponer sus cervezas, jarabes, licores y vinos. En este terreno la guerra es tan encarnizada que una taberna «libre de cervecero» es algo rarísimo en la actualidad. Ingelby empleó en ello la paciencia de un minero. Intuía dónde acudía la masa y también adivinaba dónde estaba el porvenir. Ofreció la instalación gratuita de grifos de presión para obtener la cerveza con espuma y fue el primero en lanzar al mercado la llamada cerveza alemana, a baja presión, las cervezas negras, coloreadas con azúcar quemado y reforzadas con una adición de alcohol. Acertó en seguida a monopolizar el servicio de bebidas en los cines. A quien le cedía su local, se lo subarrendaba más barato de lo que él pagaba al propietario. A los que estaban construyendo iba a ofrecerles acciones de la fábrica de cerveza a cambio del contrato de arrendamiento. Creó una sociedad filial para la compra de terrenos y construcción de cafés. Abusó del derecho a envenenar a las gentes, incorporando a sus cervezas dosis desmesuradamente agradables y perniciosas. Cada año

progresaba más la fábrica de cerveza, crecía la extensión de sus andenes y la soberanía de Ingelby se afianzaba en la región. Al estallar la guerra, había logrado acumular una extraordinaria fortuna. Pero las hostilidades no detuvieron su encumbramiento. Ingelby dejó de fabricar cerveza, pero siguió con las limonadas y los jarabes y la gente se lanzaba sobre cualquier cosa. Ingelby fue aumentando los precios mientras bajaba la calidad. Los competidores no trabajaban ya. Él, sin embargo, tuvo la suerte de contar con gran existencia de azúcar, de productos químicos y de carbón. Con la ayuda de algunas reservas descubiertas aquí y allí, en casa de los refinadores de la región, pudo continuar la fabricación durante un año. A pesar de todo, veía aproximarse la hora en que tendría que dejar de trabajar. Faltaba de todo. Y él no era como David, de los que van derechos al peligro. Tenía por arma la prudencia. Sabía perfectamente que si Francia triunfaba, los negocios turbios podían costarle caros. Afortunadamente para él, a principios de 1915 empezó a funcionar la ayuda francoamericana. Ingelby se encontró así en su elemento. Conocía a mucha gente, alcaldes y tenientes de alcalde, y pronto consiguió azúcar y carbón. Se las arreglaba para hacer llegar a nombre del Municipio cargamentos enteros de los que luego tomaba posesión. También consiguió permisos para importar de Bélgica patatas y remolachas para destilar. Pagaba siempre según las buenas formas, exigía recibos y llevaba sus libros regularmente. Así, si luego le molestaban, arrastraría en su caída no pocos nombres relevantes. Reanudó la fabricación de cerveza o, por lo menos, de una turbia mezcla a la que daba el nombre de cerveza y continuó produciendo limonadas. Con el nombre de aguardiente vendía alcohol de madera. Hizo vino poniendo pasas en remojo y exprimiéndolas luego. Incluso llegó a fabricar champaña sintético. Ganó por tales medios mucho dinero. Pero era el hombre más discreto, más cortés y más austero que hubiera podido soñarse. No fumaba, no bebía, no tenía arriantes ni caballos. Vivía de agua mineral, leche, bizcochos y legumbres cocidas. Se llamaba a sí mismo vegetariano, era asiduo concurrente a los conciertos de música sinfónica de la sociedad industrial de Lille y coleccionaba muebles antiguos. Un tipo como Barthélémy David, brutal, cínico, pródigo, aficionado a las mujeres y a la buena vida, jugador y apasionado, le hacían estremecer de disgusto. Ambos se frecuentaban poco. Había entre ellos esa especie de rivalidad que se encuentra siempre entre los advenedizos. Era preciso que a Ingelby le guiara una necesidad muy imperiosa para entrevistarse con David. Y así era. A Ingelby le faltaba azúcar. Esperaba el racionamiento de azúcar para un pueblo cercano y tenía ya reservado su parte. Pero el hielo bloqueaba los canales. Dos chalanas aprisionadas por el hielo entre Selsaete y Gante esperaban a que cesaran los fríos, cosa que momentáneamente nadie esperaba. Ingelby había pensado conseguir por medio de Lacombe, alcalde de Herlem, la cantidad que precisaba para trabajar durante algunas semanas. Pero a raíz de una sesión en el curso de la cual Marelli había interpelado a Lacombe en presencia de todo el Consejo municipal, el alcalde se mostraba momentáneamente prudente. Y así fue cómo se resignó, por fin, a visitar a David. Seguía mirando a través de la ventana. Al oír entrar a Barthélémy David, se volvió lentamente. —Estoy desolado —dijo Ingelby—. —No se preocupe... Los opuestos caracteres y temperamentos se marcaban en su físico. David era corpulento, alto, hablaba en voz alta y subrayaba sus palabras con un gesto. Ingelby, pequeño, delgado y muy erguido, con la tez pálida y los ojos mortecinos detrás de unas severas gafas de pinza, tenía el aire de un profesor de gramática, pero el ademán corto y seco de su mano dejaba traslucir al hombre autoritario. —El caso es que necesito azúcar. —Me lo figuraba —dijo David, sonriendo. —Creí que usted podría... En primer término le diré que no soportaré mediación del enemigo... Solo deseo tratar el asunto con usted. —Perfectamente —dijo David—. Tendrá usted su azúcar. Claro está que ya debe saber mis condiciones. Tengo que pagar en mercancía. Los alemanes no necesitan para nada nuestros bonos municipales. Son tejidos lo que les hacen falta. —Había pensado ya... —Perfectamente. —Villard, el confeccionista, tiene una existencia de cardado en sus bodegas. Está en deuda conmigo y... —Muy bien. Haremos un cambio. Mi azúcar por sus tejidos. Iré a verlos a casa de Villard. Mande abrir algunos paquetes. —Las piezas están en cajas. Las tenían enterradas... —Bien, bien —dijo David—. Tengo que advertirle aún que el kilo de azúcar es a dieciocho francos. —Es demasiado —protestó Ingelby—. ¡Ni mucho menos! Sé bien lo que le cuesta a usted en cualquier parte. Se echó a reír. Ingelby permaneció impassible. —Está bien —dijo—. En cuanto a los tejidos, ya verá usted mismo lo que puedo ofrecerle. El transporte corre de cuenta suya, como es natural. Se interrumpió unos instantes y luego añadió: —Sé que tiene para ello facilidades especiales... David se limitó a sonreír. —Entendido. El cielo invernal parecía aplastar la tierra. Un cielo bajo, gris, cargado de nieve y barrido por un fuerte viento del nordeste. Bajo aquel cielo infinito y tumultuoso, se extendía el canal helado y muerto, que descendía como un banco de hielo hacia el puente Morel, hacia las casuchas del barrio de la Vigne y de la Basse-Masure y el cementerio. Los inmensos andenes desiertos, con sus vías oxidadas y sus adoquinados cubiertos de nieve endurecida eran azotados por el cierzo helado. A ambos lados se alineaban los muros oscuros de los depósitos, las tabernas de los descargadores, las casuchas sórdidas y estrechas de los obreros. El paisaje gris, pobre y uniformemente triste. Y dominando toda aquella miseria, aquel hacinamiento muerto y como congelado, las altas grúas negras, como esqueletos, los puentes giratorios, los

cables y las viguetas formaban una confusión ciclópea de máquinas monstruosas y enmohecidas, lamentablemente inútiles. Un poco más allá del puente Morel, la esclusa cerraba la perspectiva huidiza y blanquecina del canal helado, mostrando la limpia fortaleza de piedra y acero de sus muros y de las compuertas claveteadas con pernos... Más lejos aún, el puente de la vía férrea, un puente metálico pintado de gris atravesaba los andenes como una sombra oscura. Todo aquello era moteado con vestigios de nieve helada, bañado con una difusa claridad que le daba un aspecto lúgubre y hosco, acrecentando la naturaleza artificial que el hombre crea para su bienestar y que solamente logra abrumarle con su infinita fealdad, aprisionándole implacablemente entre la piedra, el hierro y el trabajo sin esperanza. Hacia el centro de los andenes una grúa trabajaba, solitaria y viva, entre aquella confusión de máquinas muertas. Elevándose airosa sobre cuatro miembros altos y esqueléticos, giraba con lentitud, dejando caer desde lo alto unas banastas entre las mandíbulas abiertas en el fondo del canal como una larga brecha en el hielo. No se veía siquiera al hombre encargado de hacerla funcionar, encerrado en una cabina que le ocultaba. La máquina tenía el aire de un enorme animal ocupado en algún paciente y colosal quehacer. Recogía del fondo del canal un lodo negro y chorreante y lo vaciaba en un almacén. Por la puerta abierta del depósito se veía una mísera multitud, pisoteando entre el agua fría y el negro cieno, cargando sacos y carretillas. Era aquella una idea de Barthélémy David. El depósito y la grúa le pertenecían. Sabía los apuros que pasaba la población para hacer frente a aquel frío siberiano del invierno de 1917. Había distribuido extensamente dinero, carne y trigo, logrando también de las autoridades alemanas unos diez vagones de hulla. Luego, acordándose que durante su adolescencia había visto a los vagabundos buscar carbón en el lodo del dragado, pensó en utilizar su grúa para dragar el fondo del canal. Diariamente acudía una multitud a buscar los cargamentos de aquel lodo combustible, formado por el polvo y los pedazos de hulla que habían ido cayendo en otro tiempo de los pontones, acumulándose lentamente en el fondo. Desde su despacho contemplaba David aquella pintoresca aglomeración. Había pocos hombres. Abundaban, sobre todo, las mujeres, los viejos y los niños; mujeres envueltas en viejos abrigos, en impermeables o en lonas de embalar, con periódicos atados a sus piernas con bramante, y manos y brazos hundidos en viejas medias cortadas; niños de pocos años, con los pies perdidos en botas desmesuradas, atadas a sus tobillos con una cuerda y bailoteando como cosas informes; muchachos enfundados en enaguas, como chicas; viejos encorvados, vestidos con harapos mugrientos y con pieles de gato o de conejo liadas a la cabeza, igual que esquimales. Muchos llevaban bramantes atados en torno a las muñecas para sujetar sus mangas y ninguno parecía haberse lavado en mucho tiempo. Ahorraban avaramente aquel calor animal que apenas producían sus organismos mal alimentados, y tanto en los rostros de los viejos como de las mujeres o de los niños, hallaba David los conocidos estigmas: la marca del hambre y del frío, los ojos legañosos y lagrimeantes, los granos, los ántrax y los pólipos. Tenían las manos llenas de sabañones que el frío hinchaba hasta que se reventaban y sangraban abundantemente, y todo su aspecto demostraba un sufrimiento indecible. Los pequeños eran aún capaces de reír, poniendo la alegría de la infancia en aquel trabajo penoso, en aquel chapoteo entre el agua, el barro y el hielo. Pero ni los viejos ni las mujeres se reían ya. Tres años de espera, de ausencia de los hijos y de los maridos y la opresión del vencedor, habían matado en ellos el placer de vivir. No luchaban más que por los niños, carga que no podían abandonar y que, sin embargo, había que alimentar. David contemplaba a aquellos desgraciados, sin poder apenas reprimir el dolor que le causaban sus sufrimientos. «Uno de estos días —pensó— tendré que decidirme a talar los grandes árboles de mi parque». Salió, y pasando entre la multitud, entró en el almacén cubierto. Aguardaba los carros del ejército alemán que tenía que llevarle los tejidos de Villard. Cuando apartaba familiarmente a los arrapiezos y a las mujeres que se agolpaban a su paso, dio bruscamente de manos a boca con Annie Mouraud. Había acudido con un cochecito de niño a buscar un saco de aquel barro combustible. En David no se traslucía la emoción más que por una imperceptible alteración en la voz y un poco menos de seguridad en la mirada. Sabía dominarse, contenerse, imponiendo admirablemente una sonrisa, una actitud, una broma en el instante que parecía que iba a ser mayor su emoción. —¡Annie! ¿Qué haces aquí? Ella escondió sus manos sucias de lodo tras de su espalda. Parecía muy azorada y apenas pudo balbucear: —Nada, nada, Monsieur David... yo... Hizo un ademán vago y se quedó silenciosa, sin saber qué decir. Él la contempló. Sentía un remordimiento, un sufrimiento desconocido, una pena cuya causa era mayor que una simple piedad ante aquella desgraciada cuyas manos estaban heladas y agarrotadas, cuyo rostro estaba azulado por el frío. —¿Qué haces aquí? —repitió. Ella le mostró con un gesto cansado el carbón enlodado y chorreante que tenía recogido. —¡Ven! —dijo él. —¿Adónde? —Al despacho. Voy a hacer que te llenen el cochecito... Un saco de bolas o de antracita. ¡Vamos, date prisa! Ella le miró sin hacer un solo movimiento. —No quiero, Monsieur David —murmuró en voz baja, pero firme. Él la miró sorprendido, sin comprender. —¿No quieres? ¿Qué es lo que no quieres? —Carbón. —¿Por qué? ¿Acaso tienes mucho carbón en tu casa? —No puedo aceptarlo... —repitió Annie en voz más baja. —¿Por qué? ¿Por la tontería del otro día? Una broma, un gesto sin consecuencia. ¡Demasiados arrumacos para tan poca cosa! Elevó la voz, ya

francamente irritado. —¡Es estúpido! ¡Nunca he visto cosa semejante! ¡Eres ridícula, pequeña! No te pido nada, no tengo la pretensión de... ¡Qué diablo! ¡Nunca me he comido a nadie! Tienes frío y te ofrezco un socorro; igual se lo ofrecería a cualquier otra persona. ¿Acaso no tengo derecho a hacerlo? ¿Por qué no puedo regalarte lo que me plazca? ¡Responde, responde de una vez...! Ella movió la cabeza sin decir nada, obstinada. —¿Sigues sin querer aceptar? Annie no pronunció una palabra. —¡Eres una imbécil y una presuntuosa! Después de todo, no pensaba comerte. ¡Vete al diablo con tu carbón! Puedes helarte cuanto quieras los pies y las manos, que no seré yo quien te socorra. No acostumbro suplicar a nadie que acepte mis regalos. ¡Adiós! Hundió las manos en los bolsillos, le volvió brutalmente la espalda y siguió su camino hacia el fondo de los depósitos, al lugar donde el andén cubierto se extendía a lo largo de la vía férrea. Los carros alemanes ya habían llegado y los soldados estaban cargando en los vagones las cajas de tejidos de la fábrica Villard. David los contempló, furioso todavía, tratando de disimular su cólera. En aquel instante se dio cuenta de que al hacer el transbordo caía de una caja una especie de serrín. —¡Alto! Se acercó y cogió entre los dedos un poco de aquel polvo amarillento. —¡Polillas! Abrid esa caja. Hundieron la tapa a martillazos y sacaron las piezas. Estaban completamente comidas por la polilla. De diez cajas, nueve estaban atacadas. David juraba sin cesar. Hizo vaciar los vagones y descargar el resto de la partida. Volvió a su despacho, preso de una cólera sorda donde se mezclaban, sin que lograra diferenciar bien uno del otro, los dos contratiempos de aquella tarde. A las seis, en el Círculo, halló a Ingelby en compañía de Villard y del viejo Wendievel. Los tres estaban empeñados en una partida de póquer. El salón estaba casi vacío. David se dirigió directamente hacia ellos y tocó a Ingelby ligeramente en el hombro. —Un momento —se disculpó este, mostrando las cartas que tenía en la mano—. En seguida estoy con usted. Cincuenta, ¿no? —preguntó, dirigiéndose a sus compañeros de juego. Acabaron la partida. Ingelby se levantó, volviéndose hacia David: —¿Y bien? —Sus lanas estaban apolilladas. Puede guardárselas y pagarme mi azúcar. —¿Apolilladas? —No se haga el inocente. Sabía bien lo que se hacía, Villard y usted me han engañado, vendiéndome una como muestra e inventando esas historias de las cajas. Había que pasarlas, fuera como fuera. ¿Y quién podía pagar? Pues David, ese estúpido de David... ¡Ha sido una canallada! Le devolveré sus lanas y usted me pagará el azúcar. —Yo no tengo nada que ver con este asunto —objetó Ingelby—. Los tejidos eran de Villard. Usted los examinó y los aceptó... No veo nada reprochable. —¿Va a pretender que acepte como pago tejidos apolillados? —No pretendo nada, digo solamente que el trato fue cerrado, firmando regularmente y que usted aceptó la mercancía en su estado actual... «Con el deterioro resultado de su prolongada permanencia en la humedad...» —añadió Villard, que se había levantado también—. Así lo estipulamos. —¡Es demasiado! —gritó David—. Usted sabía bien, Villard, que yo entendía por eso la pérdida del color, lo amarillento del algodón, cosas así. Pero no las polillas. Villard levantó las cejas y compuso una expresión de cortés condolencia. —Las condiciones son ley para ambas partes. Lo siento. —¡Pero la pérdida no es ley para mí! —No le queda más recurso que los tribunales... —insinuó Ingelby con sonrisa un poco socarrona. David se volvió hacia él con el rostro congestionado. —¡Me río de los tribunales y de muchas otras cosas! Soy lo bastante fuerte para hacerme justicia por mí mismo. Con tribunales o sin ellos admitirás tus tejidos apolillados, querido Villard, y me pagarás el azúcar, querido Ingelby. Si no, os juro que iréis a parar los dos a la cárcel... —¿A la cárcel? —repitió Villard con una carcajada. —Aún hay jueces en Francia, David —dijo Ingelby con su tono siempre frío e impasible—. Usted no es aún César. —También hay cárceles en Alemania, Ingelby —respondió David. Hubo un silencio general. Villard empalideció. Una consternación general apareció en los rostros de los que asistían a aquella discusión. Solo Ingelby seguía con su frialdad de siempre. —Así que el dilema está claro —dijo David—. O me pagas el azúcar, Ingelby, o vais tú y tu amigo Villard a Alemania. Hablaba a gritos, lleno de furor. Los demás lo contemplaban con inquietud. —¡No tan alto! —cuchicheó el viejo Wendievel. —¡Poco me importa! ¿Has comprendido bien, Ingelby? —He comprendido —dijo Ingelby con voz fría—, que usted confiesa aquí, entre gentes honorables, singulares concomitancias con el enemigo y protecciones más que sospechosas... —¿Concomitancias? ¿Y vosotros? Tú y los de tu calaña no tenéis negocios con los alemanes, es cierto, pero sabéis perfectamente adónde van a parar vuestros tejidos cuando me los vendéis. Claro que no es lo mismo vendérselos a los alemanes que a David... Él corre el riesgo, a él le toca encajar el golpe... —¿Cómo?, sospecha usted... —¡No me hagas reír, Villard! ¿Acaso has quemado como Decraemer tus existencias? ¿No has instalado en tu casa un «Servicio Bruselas», con empleados que conocen el flamenco? Yo necesito vivir y no niego lo que hago. Por eso preferiría un poco más de franqueza y menos hipocresía. Sois los ricos malos. Queréis imponer al pobre pueblo odios y principios que ni siquiera sentís. Para vosotros hay dos guerras: la de los pobres y la de los ricos. Predicáis la moral, pero sois los primeros en no respetarla. Poco a poco, había ido creciendo el grapa a su alrededor, unos no podían contener el estupor y la cólera, y otros, aquellos que tenían las manos limpias y a quienes repugnaban los manejos de los grandes comerciantes, apenas disimulaban su satisfacción. Villard, furioso, adivinó la reprobación de los sinceros y gritó: —¡Es demasiado! ¡Que tenga que oír esas cosas un hombre como yo,

que rehusó desde el primer momento trabajar para el enemigo...! —¡Porque le obligaron a ello! Porque Hennedyck... —¿Y acaso usted es quien tiene que dirigirme reproches? Usted, que comercia abiertamente con el enemigo, que sale semanalmente para Alemania, que ayuda a los alemanes a vivir, que prolonga la guerra... —¿Y qué más? —¿Lo confiesa, entonces? Un rumor de triunfo y de indignación envolvió a David. —¡Ya lo sabíamos! — ¡No se le ve más que con oficiales! —¡Son camiones alemanes los que transportan sus mercancías! Pero, dominando el tumulto, se oyó su voz: —¡Sí, voy a Alemania cada semana! ¡Vendo allí tejido! ¿Y qué? No me escondo. Ayudo a vivir a mucha gente allí y a otra tanta aquí. ¿Es eso un crimen? ¡Los boches, los boches! ¡Me desternillo de risa con vuestro boche, con sus submarinos, sus gases asfixiantes y sus atrocidades...! ¿Y vosotros? ¿Y el bloqueo? ¿No es una guerra hecha directamente a las mujeres y a los niños? ¿No sabéis que diariamente se mueren allá de hambre y de frío muchos miles? ¿Es más leal esa guerra que poner un transatlántico con la quilla al aire? ¡Dejad que me muera de risa! ¡No, no puede haber moral ni conciencia cuando se está haciendo la guerra! No es un traidor quien comercia con gentes a las que mañana se volverán a comprar productos. Un contrabandista no es un ladrón. ¡El Estado no es mi conciencia! ¿Sabéis quiénes son los verdaderos canallas? Tipos como tú, Ingelby. Yo trafico, compro, vendo. Soy útil. En cambio, los de tu calaña no hacen más que matar de hambre a sus semejantes. ¿De dónde sale el azúcar? ¿Y el carbón? ¿Y el arroz? ¿Y la cebada? ¿Dónde encuentras eso? En Alemania, no; es demasiado peligroso. ¡El racionamiento te lo proporciona! Sabes hacer buenos negocios con los que están bien situados. ¡No haces negocios con los boches, pero yo prefiero cien veces hacerlos con ellos que acumular en mi conciencia las porquerías que tú tienes sobre ella! Resopló, lívido de furor. Una sorprendente expresión de energía y de violencia llenaba su rostro cuadrado y grasiento. En aquel momento parecía faltarle una coraza y una espada al cinto. Delante de él, pálido e impasible, Ingelby sostenía su mirada fría sin decir una sola palabra. —Esperaré tres días —añadió David—. O el dinero, o a Alemania. Buenas noches. Y salió del salón entre una tempestad de rumores. Una semana después, recibió su dinero, pero sus amigos no le ocultaron que Ingelby se proponía que pagaría caro, después de la guerra aquel éxito.

TERCERA PARTE. CAPÍTULO Tercero. 1. A finales de 1917, Félicie Laubigier, madre de Alain, cayó enferma. Las privaciones, el hambre, el frío terrible de aquel invierno, la preocupación de aquella guerra que no terminaba nunca y la inquietud de ver a la pequeña Jacqueline adelgazar lentamente y a Camile, su hijo menor, vagar con los granujillas del barrio, todo aquello fue agobiando a Félicie. Pero sobre todo, lo que más le preocupaba era la falta de noticias de Alain. Había partido al frente con los equipos de trabajadores forzados, de «brazales rojos», y no había vuelto ni había dado señales de vida. Quizás había muerto sin que la madre lo supiera, sin que nadie se hubiera tomado la molestia de comunicárselo. Aquella inquietud la mataba. El invierno de 1917 fue espantoso. Desde su comienzo se anunció riguroso, y lo era mucho más cuando se tenía el estómago vacío. La miseria llegó a ser inimaginable en Roubaix y en L'epeule. La ciudad parecía un cementerio. No se veían más que rostros escuálidos, ojos hundidos, delgadeces espantosas. Los viejos se morían y la tuberculosis hacía estragos en la infancia y adolescencia. En el cementerio se contemplaba con estupor las innumerables tumbas de jóvenes de diecisiete a veinte años. Gentes que dejaban de verse algunas semanas, a duras penas se reconocían al volverse a encontrar. Antes de la guerra, en el Norte había muchos bebedores de cerveza, gentes de voluminosos vientres y rostros congestionados. Su aspecto era verdaderamente lamentable. Faltos de aquella cerveza generosa, su grasa se había derretido y aquel desastre los había dejado vacíos, flojos e increíblemente envejecidos. El gordo Semberger, que vivía detrás de la casa de Félicie, inspiraba piedad; bajo su barbilla la piel le hacía arrugas y tenía un aspecto desmadrado y lánguido. Él mismo plasmaba aquella delgadez diciendo: —Puedo lavarme la cara con la piel de mi vientre —decía. Cada cual procuraba arreglárselas como podía. El racionamiento se componía de legumbres secas, zanahorias, sopa juliana y patatas deshidratadas, que se tenían que poner a remojo. Nada de aquello se podía comer. El tocino americano estaba rancio y la leche y los bizcochos faltaban por completo. Era necesario remplazar el café por cebada tostada y ni siquiera se hablaba ya de mantequilla. El pan se distribuía equitativamente. Toda la familia acudía a pesar las raciones de cada uno en las balanzas del viejo Duydt. Las gentes se prestaban el uno al otro, de hermano a hermano, con intereses de usura, una rebanada de pan con mantequilla, un poquito de manteca. Por todo el barrio había intercambio de productos. Por una taza de café se conseguía un paquete de sal, una pastilla de miel artificial por un kilo de arroz. Cada cual tenía su conejar y su gallinero y se pasaba los días enteros buscando hierbas para los conejos a lo largo de los canales. Algunos levantaban el enlosado de los patios para cultivar tres o cuatro plantas de patatas. Otros instalaban cajas de tierra en los aleros. Se cultivaba cualquier cosa en potes, en baldes o en viejas marmitas. No había un solo rincón de terreno desocupado. Todos los solares habían sido convertidos en huertos. Las gentes organizaban en común la defensa, la guardia nocturna, pues era necesario proteger aquellos cuadros de coles como un tesoro. Para ello construían barracas donde dormía un vigilante armado de un bastón. Los hortelanos improvisados llegaban a hacer prodigios de paciencia para ahorrar tierras y semillas. Acondicionaban terrenos llenos

de piedras, y contaban los granos uno a uno. Algunos plantaban trigo en potes, grano a grano, practicando el trasplante y luego el recalce al estilo chino, que consiste en rodear el pie de cada tallo con una pella de tierra para favorecer la multiplicación de los tallos secundarios. Llegaban así, mediante siete u ocho trasplantes y recalces sucesivos, a obtener un rendimiento extraordinario. Los alemanes favorecían tales métodos enseñándolos y propagándolos. Extendieron el procedimiento de trasplante de las simientes de las patatas. Para ello se dejaba germinar la patata al aire libre y, luego, se les cortaban los tallos más largos y se le trasplantaban como plantas en vez del propio tubérculo. Una patata podía así producir hasta cuarenta plantas. Una ingeniosidad sin límites, incrementada por el ocio, lograba resultados prodigiosos. Se retrocedía a una especie de salvajismo, de civilización primaria, en la que cada cual, siguiendo sus gustos, sus conocimientos y sus recursos, producía y comía lo que podía. Unos, como el viejo Duydt, fabricaban sidra con manzanas podridas, otros cocían cebada y azúcar para hacer una especie de cerveza. Decooster, el viejo carnicero, utilizaba sus máquinas de carnicería para amasar grasas y fabricar una pasta aceitosa que llamaba jabón y que vendía muy caro. Félicie mezclaba sebo con azúcar quemado y manteca derretida, produciendo así betún. Con manteca, leche concentrada, harina de panocha y yema de huevo amasados, se obtenía una pasta amarillenta y grasienta que, untada al pan, daba la sensación de mantequilla. Se practicaban todos los ersatz, todos los inventos, todas las imitaciones. El problema del calzado era tan insoluble como el del combustible. Cada hogar recibía, mientras persistían aquellos fríos siberianos, diez kilos de carbón a la semana. Todas aquellas preocupaciones recaían sobre la madre, la responsable. Alimentación, calefacción, alumbrado, vestido, los postres de los días de fiesta, todo lo que componía la existencia, la vida familiar le incumbía a ella, verdadera víctima de la guerra. —Cuando a la madre le abandonan las fuerzas —decía Félicie—, toda la casa se entristece. Y, como todas las demás, iba a la búsqueda de comestibles, se entregaba completamente para mantener entre los suyos el gusto de vivir, la impresión de que existía un hogar, de que continuaba una existencia todavía aceptable. Aparte de estas preocupaciones materiales y de la angustia que sufría a causa de Alain, el pequeño Camile le inquietaba enormemente. Como estaba enferma y con frecuencia tenía que guardar cama, vigilaba menos sus juegos, sus salidas, y Jacqueline, con sus trece años, no tenía todavía autoridad sobre él. Camile, a pesar de que en el fondo no era malo, se dejaba ganar por el ejemplo de sus compañeros del barrio y así iba convirtiéndose en ladrón, vagabundo y mal educado. Ya no había escuelas. Los alemanes las habían requisado para convertirlas en hospitales. Se daban únicamente dos horas diarias de clase en un pequeño local amueblado a duras penas con unas cuantas mesas y bancos. No tenían calefacción, ni libros, ni cuadernos. Garrapateaban sobre viejos libros y, si hacía mucho frío, el maestro les dejaba marchar, pues les faltaba carbón y la tinta se helaba. Camile frecuentaba la compañía de los hijos pequeños de Duydt. Iba a robar en los carruajes y los campamentos alemanes y saqueaba las casas abandonadas. Era la suya una vida divertida y fácil, que no tenía más inconvenientes que despojarse prematuramente de todo sentido moral. Félicie adivinaba aquellos robos, pues hallaba en los bolsillos de Camile tabaco, pfennings, cartuchos, pólvora... No podía contener su alarma y su inquietud iba en aumento. El ejemplo de los desaprensivos, de aquellos que prosperaban y se enriquecían, descorazonaba a los más tenaces. Se veía a las prostitutas, a los traficantes de dinero, a los trabajadores voluntarios colaborar con los alemanes, ganar mucho dinero y llevarse víveres a sus casas. Uno trabajaba como jardinero para el enemigo y volvía cada noche a su casa con una red llena de legumbres. Otro confeccionaba sacos terreros en una o dos fábricas que todavía funcionaban y robaba tejidos, revendiéndolos y haciendo buenos negocios. El tercero conducía los camiones que hacían las levadas en las fábricas. Y otros como Decooster, el carnicero, compraban a los alemanes ganado, carne y azúcar, o bien obtenían permisos de importación de Holanda. Aquel Decooster estaba acumulando una verdadera fortuna. Hacía dos años ya que su mujer era la amante de un capitán agregado a las oficinas de la Kommandantur y por conducto del mismo obtenía todo lo que deseaba. Otras mujeres, como Clara Broeck, lograban otros fines por los mismos procedimientos. Aprovechaba su amistad con los influyentes para hacerse llevar a sus casas muebles valiosos, tapices, bibelots y telas, robadas en los hoteles vacíos del Boulevard de París. En ausencia de su marido, Clara Broeck amuebló con un lujo principesco la casa, sin hacer ningún gasto. Vivía con su madre desde el principio de la guerra en una pequeña casa del callejón. Se había casado el mismo sábado de la movilización, y como el marido tenía que marcharse, ni la madre ni la hija habían querido saber nada de la noche de bodas. ¡No iba a quedarse viuda y con un hijo...! El marido había tenido que marcharse así —ni muy contento ni con mucha gloria— y, después, Clara Broeck se había despabilado. Tuvo por amante a un agregado de la Kommandantur y se sirvió de aquella autoridad para instalarse en una hermosa casa vacía del barrio. Luego, había solicitado por su mediación el establecimiento de una cantina de oficiales en su casa. Los alemanes buscaban un local para su Kursaal en L'epoule. Ella ofreció su casa. Aquello le reportaba, inapreciables ventajas, una cocina abundante y fina, vinos aceptables y los pequeños regalos que le dejaban al marcharse aquellos a quienes concedía sus favores. Tales ejemplos desmoralizaban al pueblo. A pesar de todo, la masa permanecía fiel al

recuerdo de los ausentes y del país. Gentes como Flavie, cuñada de Félicie, seguían siendo francamente hostiles a los alemanes. Con un hijo en el frente, otro continuamente reclutado a la fuerza por los alemanes, sin dinero, sin bienes que perder ni nada que contuviera su odio contra el enemigo, era implacable. No admitía que los alemanes formaran parte de la Humanidad. No quería transacciones ni contactos con ellos. Había estado en la cárcel y había sufrido en ella lo bastante para salir más feroz, más irreductible. Aquello la hacía llegar hasta la injusticia, la crueldad. Solamente las madres que sufren, como sufría ella, pueden alcanzar aquella intensidad en la venganza. Hubiera llegado a matar, de no haber tenido a sus hijos, a los que no olvidaba en ningún instante. Y, sin embargo, los alemanes no eran ya los invasores orgullosos y duros del principio. Sufrían y comenzaban a sentir también en su país la miseria, una terrible miseria. Ya no se veían mocetones sanos y robustos, con uniformes flamantes y nuevos. Viejos, tarados, bizcos, cojos, miopes, hombres de personalidad gris, abrumados y fatigados o —lo más doloroso de la guerra— muchachos, adolescentes de dieciséis, diecisiete y dieciocho años, imberbes, débiles, pálidos aún por la atmósfera cerrada de la escuela, horrorizados por la impresión de aquel infierno o indiferentes a todo lo que les rodeaba. Volvían del frente embrutecidos, llenos de barro, medio enloquecidos, ennegrecidos, arrastrando los pies, incapaces de conservar su apostura, deteniéndose lamentablemente al borde de las aceras para tomar aliento, a pesar de los empujones y los insultos de los cabos. Su desfile duraba horas, días enteros en ciertas ocasiones, cortando en dos el barrio una riada de hombres, de cañones, de carruajes, de ambulancias y de hombres otra vez, más hombres... Todo aquello acompañado de un tronar confuso, sordo, un ruido de hierro, de botas, de caballos, de artillería en marcha, dominado algunas veces por la música chillona de las fanfarrias... Los jefes trataban de estimular a los soldados, haciéndoles cantar el Gloria, ordenándoles el paso de parada para no dejar ver a los pueblos invadidos el agotamiento del Ejército alemán. Ellos cantaban el estribillo durante unos minutos, llevaban el paso y pisaban con fuerza. Luego, el agotamiento volvía a hacer presa en sus cuerpos, se retrasaban de nuevo e iban dejando de cantar uno tras otro. Algunos habían alcanzado un grado tal de extenuación que llegaban a olvidar toda vergüenza. Se detenían y se apoyaban en un muro, pidiendo a las mujeres un trago de agua fresca. —¡Fastídate! —decían las irreductibles, como Flavie. Pero otras les llevaban un cuenco de agua fresca, sin ocuparse de la reprobación pública. Un día, vieron morir en medio de la calle a uno a quien las mujeres habían rehusado dar de beber. Aquello causó gran impresión entre la multitud. Una noche estaba sirviendo Félicie la sopa a Jacqueline y Camile cuando apareció un alemán sucio y extenuado. Le habían mandado cobijarse en casa de los Laubigier. Se acercó al fuego, modestamente, como hombre que se sabe intruso, en tanto los niños y Félicie acababan de cenar. Había amasado con harina de panocha y manteca derretida una especie de buñuelos, grasientos y pastosos, que comían con un poco de azúcar moreno y que llenaban el estómago sin costar muy caros. Eran apetitosos. El alemán los tenía delante de su nariz y aspiraba el olor de aquella grasa caliente sin decir nada. Un poco avergonzada de estar comiendo sin haberle ofrecido nada y después de haber vacilado varias veces, Félicie le señaló, finalmente, el plato de buñuelos que estaba sobre la mesa. —Puede comer, Monsieur... Sí, sí... Comprendió inmediatamente. Se sentó a la mesa y acercó a sí el plato de buñuelos. Se puso a comer a dos carrillos, con una rapidez espantosa, sin mascar apenas y atragantándose. Aquel buen hombre debía estar muerto de hambre. Los buñuelos desaparecían, se hundían en su boca uno tras otro bajo la mirada consternada de Camile y de Jacqueline. Recogió luego en la palma de la mano los restos de la pasta frita y de azúcar del fondo del plato y se los echó en la boca, volviendo hacia Félicie un rostro congestionado, húmedo de sudor y ya sosegado. —¡Oh! ¡Ser bueno, Madame! Y su expresión fue tan feliz que Félicie no lamentó demasiado tenerse que acostar sin cenar. Le mostraron su cuarto, un triste camaranchón amueblado con un jergón bastante mísero. Se acostumbraba reservar a los alemanes lo peor que se tenía. Pero aquel hombre, como todos los que volvían del frente, no era difícil de contentar. Únicamente tenía miedo de causar algún trastorno, de introducir su mugre y sus piojos en aquel hogar tan limpio... Durmió en casa de los Laubigier y se fue por la mañana, pero a las once volvió a estar allí con un saco de carbón a la espalda y una enorme marmita de patatas en la mano. —Yo cocinero, Madame. Yo cocer aquí patatas para los oficiales. Encendió el fogón de Félicie y puso las patatas al fuego. Apenas dejó que cocieran diez minutos. Luego las quitó, dio una docena a Félicie y echó a correr con la marmita en la mano. —¡Pero no están cocidas! —gritó Félicie. —Sí, sí... Bien cocidas. No deshechas... Desapareció y Félicie volvió a poner sus patatas al fuego para que se acabaran de cocer. Reapareció a la hora del almuerzo. En una fiamblera le llevó sobras de choucroute, de salchichón y de lentejas. Las dejó sobre la mesa. —Bueno, bueno. Comer... No se hicieron rogar. Comieron en su compañía aquellas cosas raras y deliciosas. El hombre parecía simpático. En su jerga mitad francesa y mitad alemana, les explicó que se llamaba Kreams, que era bávaro y que estaba en la guerra desde su comienzo. Había logrado un buen puesto en las cocinas, se ocupaba en particular de la comida de los oficiales del Kursaal establecido en casa de los Broeck y tenía en Alemania tres hijos y una mujer, a la que quería mucho y que estaba muy triste sin él. Enseñó fotografías a todos y Félicie le mostró

también la de su hijo Alain. Se lamentaron juntos. Jacqueline le preguntó entonces por qué no cocía las patatas y él explicó que los oficiales las querían así y que le mandarían de nuevo a las trincheras si las servía deshechas. Pero a pesar de aquellas exigencias, Krems se quejaba de su suerte. No pedía más que una cosa: tener cocidas a punto sus patatas, no volver al frente y hallar después de la guerra, si es que esta tenía un fin, a su mujer y a sus hijos. Cada día, a la hora del almuerzo, aparecía con las sobras de los oficiales y se las repartía con las Laubigier. La comida era buena y pronto se acostumbraron a aquellos agradables suplementos. Camile y Jacqueline tomaron el hábito de esperar a Krems para comer y así terminaron por esperar pacientemente su regreso del Kursaal para sentarse a la mesa con él. Poco a poco, se había ido incorporando a la familia hasta formar parte de la existencia común. No le consideraban ya como un alemán, como un enemigo, sino como un hombre igual que los demás, con sus afectos, sus risas, sus alegrías y sus abnegaciones. Dejó de ser soldado alojado a la fuerza para convertirse en Krems únicamente. Se ocupaba de pequeños menesteres y les proporcionaba carbón. Si no le hubieran visto llenar diariamente su pipa al lado del fogón, hubieran creído que les faltaba algo. Un mes después de su llegada, Félicie, enferma desde hacía tanto tiempo, tuvo por fin que guardar cama. Una mañana no se pudo levantar. Krems subió a verla a su habitación. Ella no pudo contener las lágrimas al lamentarse de aquella enfermedad que la retenía en la cama cuando tenía tanto trabajo y tantas preocupaciones. Él procuró consolarla. Descendió y se puso a lavar los platos. Después encendió el fuego, hizo levantar a Camile y Jacqueline, los preparó para la escuela y se ocupó de su comida. Al mediodía regresó antes. Parecía bastante intranquilo. Subió a la habitación de Félicie, le sirvió una tisana y le puso un ladrillo caliente a los pies, preguntándole si quería un huevo que iría a buscar al Kursaal. Le ofreció también cosas ridículas, como ayudarla a levantarse o peinarla, con una expresión tan sincera que ella no pudo menos que sonreír. Dio de cenar y acostó a los niños, levantándose aquella noche varias veces para ver si Félicie necesitaba algo. Ella permaneció en la cama varias semanas. Krems la cuidó como una enfermera, llevándola en brazos de la cama a una silla para airear el colchón, las mantas y las sábanas. Pero, sobre todo, se ocupaba de Camile. Sabía que el pequeño tenía que hacer sus trabajos escolares y que los olvidaba voluntariamente. Jacqueline no era bastante mayor para tener sobre su hermanito mucha autoridad. Krems intervino. Aprendió penosamente a descifrar las libretas de deberes de Camile y vigiló su ejecución, llevando cuenta exacta de las lecciones y de los cuadernos. Reprendió su conducta, le impidió salir de casa a vagabundear, riñéndolo cuando le hallaba fumando con los demás granujillas. —Sobre todo, nada de fumar... Tabaco, malo... Alemanes ser grandes y robustos porque jamás fumar los pequeños en Alemania. Franceses ser pequeños y enfermos porque mucho beber, mucho fumar... Ponía aún en sus palabras una especie de chauvimismo, de orgullo de raza, de satisfacción en tener sangre germánica que era la consecuencia de la educación que durante tanto tiempo había recibido. Pero lo decía con tanta ingenuidad, con tanta sinceridad, con tanto deseo de hacer partícipes de su experiencia a las demás pobres gentes de Francia sumidas en la ignorancia, que no se hacía desagradable. Muy pronto, Camile lo temió y le obedeció. Llegó a tenerle más miedo que a su propia madre, dejó de vagar por las calles de L'epoule y tanto en sus modales como en su lenguaje comenzó a manifestar una cierta corrección. Félicie y Jacqueline se felicitaron de los excelentes resultados y Krems continuó, de la mayor buena fe, su papel de enfermero y maestro. Algunas veces, le veían dar vueltas por la casa con aire taciturno y triste; sabían entonces que acababa de recibir carta de su casa. En ellas le daban noticias de la retaguardia, de Alemania, donde los sufrimientos eran iguales, si no mayores, que en el país invadido. Hambre, frío, enfermedades, falta de ropas; todo eso se adivinaba tras las explicaciones resignadas, las frases encubiertas que le escribían desde la lejana patria. Leía las cartas diez veces. Luego, contemplaba nuevamente las viejas fotografías que dormían en su cartera, las devoraba con los ojos y lloraba, se descorazonaba como un niño. Aquello era mucho peor que las trincheras, que los sufrimientos, que las derrotas y las privaciones; las malas noticias de la retaguardia desanimaban al soldado alemán. Mientras la retaguardia resistiera, el soldado mantendría sus posiciones. Únicamente se doblegaría el día que conociera la miseria de aquellos a quienes defendía. Y, sin embargo, Krems seguía siendo plenamente alemán, germano. Alemania era para él un gran país, el país mártir, aplastado por la injusticia de los demás. El Kaiser seguía siendo grande, intangible. No dudaba siquiera de que al final del calvario estaría la victoria. La raza alemana merecía dominar. Ni siquiera sabía por qué, pero era objeto de su odio más feroz, como si personalmente le hubiera causado las más graves injurias. Y con frecuencia, después de cenar, Flavie van Broeck y él, aquellas dos oposiciones vivas, aquellas dos encarnaciones del espíritu patriótico popular, embarcados sin comprender nada en una aventura de la que eran las víctimas primeras y más tristes, se enzarzaron en interminables y violentas discusiones sobre los responsables de la guerra: Puanaré, Inglaterra o Guillermo Segundo... En enero, Krems obtuvo un permiso. Durante diez días, estuvo hablando de su próxima marcha a Alemania. Hizo compras exorbitantes y ruinosas; jamón en casa de Decooster, tela, chocolate y cuero para las botas. Félicie le dio dos botes de confitura para sus hijos. Se fue radiante y satisfecho. Regresó doce días después con un aire abatido y triste. Dejó sobre la mesa los pequeños

regalos modestos. Un minúsculo pastelillo de huevo, pasta de conejo, sopas pobres, avaramente preparadas para él. Ni siquiera las tocó y se las hizo comer a Jacqueline. —¿Ocurre algo, Krems? —preguntó Félicie. —Sí... sí... —respondió él, moviendo tristemente la cabeza. —¿Su familia? —Madame, a mí, mucho delgada, mucho enferma. Sin dar más explicaciones, se refugió en su rincón, junto al fogón, olvidándose incluso de fumar. Los días siguientes apareció triste y distraído. Dejó varias veces que se deshicieran las patatas y fue reprendido por los oficiales. Luego, recibió una carta. Al anoecer, la leyó varias veces al lado del fuego. Lloró largamente sin hablar con nadie y se fue a la cama sin cenar. Antes de subir a su cuarto, besó al pequeño Camile. Por la noche, desde su cama, Félicie le oyó ir y venir, descender la escalera, buscar cosas. Se sintió inquieta y preguntó: —¿Está usted enfermo, Krems? —No, no; no enfermo. No oyó nada más, pero a la mañana siguiente lo halló colgado de cara a la ventana, con el rostro color de piel curtida y frío ya. Se había ahorcado discretamente con la cuerda de tender la ropa de Félicie. Sin duda, había dudado, porque tenía al alcance de la mano el fusil cargado; pero, temiendo hacer ruido, despertar a los demás y alarmarles, había elegido una muerte más modesta. La gente del barrio no tardó en rodear la casa, al saber que allí había muerto un alemán. ¡Era una buena señal! En los rostros apareció una sonrisa al comentarlo. Los oficiales vieron por la ventanilla aquella multitud. Discutieron unos instantes, con reprimida cólera. Y uno de ellos amenazó con el puño al muerto y lo injurió en alemán. Una vez muerto Krems, la miseria se hizo espantosa en casa de Félicie. Les faltó la ayuda del alemán, las sobras y el carbón. Félicie, enferma como estaba, tuvo que levantarse, correr arriba y abajo y preocuparse para encontrar un poco de combustible y de pan para sus hijos. Reinaba el hambre, un hambre desesperada, resignada, sin rabia ni furor ni rebeldía. Todos se sentían presos de un enemigo demasiado poderoso. No había una casa, un solo hogar donde no reinara aquella hambre, aquel embrutecedor vacío de los vientres y del cerebro, que era un sufrimiento sin esperanza, prolongado indefinidamente. El racionamiento era cada vez más escaso. Numerosos traficantes desviaban la cuarta parte de los víveres que tenían que distribuirse. Lo que quedaba era apenas comestible, y como había que pagarlo, se prescindía de ello frecuentemente. Los alemanes tenían sus cantinas, aquí y allí, en las fábricas. En las puertas, largas hileras de seres lamentables, mujeres, viejos, rapazueros escuálidos y hambrientos aguardaban una distribución de las sobras, la limosna de un fondo de la caldera. Cada cual fabricaba en su casa comestibles extraños, mezclas de las cosas más dispares: guisados de remolacha y pescado seco; gachas de harina y manteca de cerdo, cubos enteros de gajorros que duraban ocho días, empapaban el estómago y remplazaban el hambre por una indigestión... Un kilo de remolacha valía ocho francos oro. Quien podía comprarlas o robarlas las comía crudas. Si por casualidad disponía de un poco de fuego, las cocía y se las comía a la vinagreta —manteca derretida en vez de aceite y limón en vez de vinagre—, y solo cuando disponía de gran cantidad de manteca podía condimentarse un manjar: fritura de remolacha. Tenía un gusto dulzón, denso y grasiento, pero en aquellos momentos constituía un buen regalo para el paladar. El viejo Duydt vendía las peladuras de patatas a seis francos el kilo y fabricaba una bebida con gusto de vitriolo, haciendo fermentar su jugo mezclado con limón. Decooster vendía públicamente costillas de perro, de grandes perros comprados por doquier y que sacrificaba a martillazos en su propio patio. La gente hurgaba en los cubos de basura de las calles y se la veía recoger los conejos muertos, las entrañas de los volátiles y la harina de linaza de las cataplasmas para comérselas. A partir de febrero, el frío se hizo más terrible. Aquel invierno de 1917-18 agravaba con sus rigores las calamidades de los hombres. Se llegó a veinte bajo cero. La tinta, el vino y la mala cerveza se helaban en sus botellas, y las calles estaban resbaladizas, como pistas de patinaje. Los árboles llegaron a rajarse y se encontró a personas muertas en sus camas. No había carbón ni telas. Los alemanes habían hecho inventario de todas las ropas de vestir y «requisado» lo que era utilizable. Se hacían trajes de cortinas y mantas y las gentes transitaban por las calles ataviadas como árboles. Otros preferían pasar meses enteros metidos en la cama. Para Félicie cada mañana era el planteamiento del terrible problema del fuego. Se levantaba temprano, a las cinco o a las seis, y se iba, a través del viento, de la noche y del frío, frío terrible, a buscar combustible para su fogón. Erraba por la ciudad como un hombre primitivo, al azar. Dejaba a sus dos hijos, Camile y Jacqueline, en la cama, hasta su vuelta, para que así, envueltos en las mantas, no pasaran frío. Y durante más de dos horas, transida, entorpecida, llorando de dolor, vagaba por las calles cogiendo ramitas, papel, todo lo que fuera combustible. Se quemaba cualquier cosa. Se podaron los árboles y Félicie, como las demás mujeres, fue a recoger las hojas y las ramas muertas. Luego, se taló un árbol de cada dos, a lo largo de los bulevares y las avenidas. Las gentes compraban alquitrán y, envolviéndolo en papel, formaban bolas que ardían con un olor espantoso. Los montones de detritus que llenaban las calles, llegando algunas veces a la altura de los primeros pisos, como el que había detrás de Saint-Sépulcre, habían sido cribados innumerables veces. Y constantemente, gentes arrebuajadas en harapos, con la cabeza enrollada en bufandas y el aire de esquimales, seguían hurgando en ellos con la esperanza de encontrar algo aprovechable. Se destruyeron las casas que estaban vacías y se asaltaron las abandonadas por los emigrantes. Todo lo que podía quemarse fue arrancado, hasta los marcos de madera de las

ventanas. La propia Félicie se vio obligada a salir de noche, armada de un hacha, para robar las planchas de la puerta de un cobertizo. Ardían durante dos horas, el tiempo suficiente para cocer el arroz o las gachas de harina de panocha. Después de comer, cada cual volvía a la cama y el resto del tiempo lo pasaban acostados, todos juntos, en montón, envueltos en mantas. O bien los chiquillos se iban a la rue de L'epoule, a la fábrica de Henneidyck. El muro de la fábrica estaba orientado al mediodía y recibía un poco de sol. Y como las cocinas del hospital estaban precisamente al otro lado, su calor entibiaba la pared. Mucha gente pasaba el día apoyada, apretada contra aquellos ladrillos para absorber el calor, y toda una banda de miserables se disputaba frecuentemente los sitios a lo largo de veinte metros. El frío se hizo tan insoportable que comenzaron a ser quemados los muebles. Se comenzó por una silla, un taburete, una mesa vieja o un costurero y se siguió con las camas. Todo se reducía a astillas para quemarlo en los fogones. Aparadores, armarios, divanes y sillones fueron en seguida pasto del hacha. Luego llegó el turno a la propia casa. Hasta entonces la casa había sido intangible. Pero el frío era demasiado intenso para pararse a respetar derechos de propiedad. Cada cual tenía conciencia de que pasado un cierto límite de miseria, no se podía seguir exigiendo justicia. El primer deber era vivir. Uno y otro comenzaron a desmontar tímidamente las barandillas de la escalera, las trampas del desván, lo inútil, lo accesorio, las planchas de las alacenas, los tablones de la bodega, las fresqueras. Luego cayeron las puertas de los retretes, el entarimado, el techo. De eso se pasó a los postigos, las conejeras, los cobertizos en que se guardaban las herramientas, las cajas de carbón... Algunas semanas más tarde, fue necesario acometer las puertas de las habitaciones y el entarimado del desván, los aleros y los canalones. Terminaron viviendo en casas de extraña apariencia, sin puertas, compuestas tan solo de unas paredes desnudas, con un jergón en el suelo y un fogón en un rincón. Gentes como Flavie llegaron incluso a destruir su escalera de mano. Cada fragmento de la casa que desaparecía se llevaba consigo muchos recuerdos. Aquel tablón de la bodega lo había clavado el padre, aquel sillón había sido regalo del hijo para cuando la madre envejeciera y pudiera reposar con comodidad. Quemaron la madera y guardaron cuidadosamente el tamizado. Acaso después podrían volver a tener un sillón semejante. Todos presentían el fin. No era posible continuar así mucho tiempo; de lo contrario, todo Roubaix moriría. Las gentes temblaban, inspirando temor con su extrema delgadez bajo montones de ropa hecha jirones. Se pasaban los días intentando engañar el hambre y el frío, royendo papel y cobijándose bajo sus mantas. Esperaban la hora breve y deliciosa en que pudieran encender fuego y comer. Todos cocían el arroz y las remolachas por la noche para tener menos hambre y más calor y poder dormir con una botella del agua de cocer las legumbres bajo los pies. La gente estaba tan débil, tan vacía, que después de haber comido sentían en el vientre una impresión ardiente, como si el estómago alimentado hubiera empezado a expandir en seguida por el organismo un calor vivificante. Se aprovechaba aquella sensación para acostarse en seguida y poder dormir sin sufrimientos. ¿Y qué hacer, si no? Los que no dormían no hallaban gusto a nada. ¿Cómo leer, hablar o distraerse cuando se tenía hambre y frío? No había tabaco y era imposible fumar. No había fuego encendido en ninguna parte, ni tampoco alumbrado. Nadie podía resignarse a la idea de tener que quemar manteca para alumbrarse y preferían vivir en las tinieblas. No había libros, ni periódicos ni nada que leer. Además, la vista disminuía. La gente se volvía miope, los ojos se debilitaban. No había colchones, mantas ni ropas. Las familias se juntaban revueltas sobre un jergón y los cuerpos se calentaban unos a otros en la oscuridad, mientras en el exterior retumbaba el ininterrumpido cañoneo, aquella gigantesca batalla que desde hacía mil noches llenaba los ámbitos del cielo, sin que lograra progresar un solo paso. Con frecuencia pasaban aviones. Los reflectores escudriñaban el cielo negro y los cañones disparaban granizadas de schrapnells. Caía metralla de plomo y hierro sobre los tejados, rompiendo tejas y cristales. Ni siquiera se descendía ya a las bodegas, pues se había adquirido una especie de indiferencia, de fatalismo feroz. O bien, en silencio, en medio de una paz nocturna y fugaz, se oía un rodar sordo, más trágico aún que todo lo demás, el rodar de los tranvías, de los camiones, de los trenes que partían hacia el frente con sus cargamentos humanos o conducían heridos y muertos mientras Roubaix dormía. Los alemanes ocultaban los movimientos de tropas a la población. Se escuchaba aquel ruido de angustia. ¿Cuándo terminaría todo aquello? ¿Llegaría algún día la liberación? Y si los franceses llegaban a entrar por milagro algún día a Roubaix, ¿quedarían supervivientes para contar lo que se había sufrido? (*hertfordshire al4 0jy*).

**Audiolibro Invasi N M Van Der
Meersch 3 Parte Cap Tulos I li
lii**

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>